

TEXTOS LITERATURA UNIVERSAL

Tabla de contenido

TEXTOS TEMA 1. Lenguas orientales.....	3
<i>Para resucitar tras la muerte</i>	<i>3</i>
<i>Lamentaciones de Sita.....</i>	<i>3</i>
<i>El hijo pródigo</i>	<i>4</i>
<i>El poema de Gilgamesh</i>	<i>4</i>
TEXTOS TEMA 2. Grecia y Roma	6
<i>Himno a Afrodita</i>	<i>6</i>
<i>Perseo y Andrómeda.....</i>	<i>7</i>
<i>Beatus Ille</i>	<i>8</i>
<i>¡Salud!</i>	<i>9</i>
TEXTOS TEMA 3. Edad Media	10
<i>Al amigo.....</i>	<i>10</i>
<i>Cantar de los Nibelungos.....</i>	<i>11</i>
<i>Tristan e Iseo.....</i>	<i>12</i>
<i>Las mil y una noches.....</i>	<i>13</i>
TEXTOS TEMA 4. Renacimiento.....	14
<i>El cancionero</i>	<i>14</i>
<i>De las cosas por las que los hombres, y especialmente los príncipes, son alabados o censurados</i>	<i>15</i>
<i>De pari aut impari Evae atque Adae peccato</i>	<i>16</i>
<i>El halcón de Federigo.....</i>	<i>17</i>
TEXTOS TEMA 5. Literatura en el siglo XVII.....	20
<i>Hamlet</i>	<i>20</i>
<i>Los empeños de una casa</i>	<i>21</i>
<i>Tartufo.....</i>	<i>22</i>
<i>Aih, Jesús, dónde te has ido</i>	<i>23</i>
TEXTOS TEMA 6. Literatura en el siglo XVIII.....	24
<i>Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana</i>	<i>24</i>
<i>Elogio de la razón.....</i>	<i>25</i>
<i>Robinson Crusoe.....</i>	<i>26</i>
<i>A Madame de Grignan</i>	<i>27</i>

TEXTOS TEMA 7. Romanticismo.....	28
<i>Fausto</i>	28
<i>Orgullo y prejuicio</i>	29
<i>Why did I laugh tonight?</i>	30
<i>El cuervo</i>	31
TEXTOS TEMA 8. Realismo y Naturalismo	33
<i>Oliver Twist</i>	33
<i>Anna Karénina</i>	34
<i>El despertar</i>	35
<i>Germinal</i>	36
TEXTOS TEMA 9. Poesía desde finales del siglo XX.....	37
<i>He was weak, and I was strong</i>	37
<i>Una hoja de hierba</i>	38
<i>Espejo</i>	39
<i>Los hombres huecos</i>	39
TEXTOS TEMA 10. Vanguardias	40
<i>Literatura cubista</i>	40
<i>Manifiesto surrealista</i>	40
<i>Manifiesto dadá</i>	41
<i>Poema dadaísta</i>	41
TEXTOS TEMA 11. Literatura hispanoamericana	42
<i>Rayuela</i>	42
<i>Sonetos de la muerte (I)</i>	42
<i>El huésped</i>	43
<i>El almohadón de plumas</i>	45
TEXTOS TEMA 12. Narrativa y teatro siglo XX.....	47
<i>Un soplo de vida</i>	47
<i>Metamorfosis</i>	48
<i>Casa de muñecas</i>	49
<i>Asesinato en el Orient Express</i>	50

TEXTOS TEMA 1. Lenguas orientales

Para resucitar tras la muerte

¡Oh tú, dios del Disco lunar,
que resplandeces en las soledades nocturnas!
¡Yo también estoy junto a ti,
entre los moradores del Cielo que te circundan!
Yo, Osiris, muerto, accedo a mi voluntad ora en
la Región de los Muertos,
ora en la de los Vivos en la Tierra,
a cualquier lugar donde me guíe el deseo.

El libro de los muertos. Conjuro II

Lamentaciones de Sita

Sita dijo al desgraciado Lakshmana, a quien el dolor abrumaba: «Hazme una pira, Sumitri; es el remedio para mi infortunio. Estos injustos reproches me matan, no puedo ya vivir. Repudiada públicamente por un marido insensible a mis atractivos, la sola vía que se abre ante mis ojos voy a sufrirla: es el fuego».

Oyendo estas palabras de Vaidehí¹, Lakshmana, matador de los héroes enemigos, presa de viva indignación, consultó a Raghava² con la mirada. Una señal de Rama le hizo comprender lo que encerraba en su alma, y el valeroso Sumitri, conformándose a su instrucción, levantó una pira. [...] Tras haber honrado con el pradakshina³ a Rama, que estaba allí de pie, con la cabeza baja, Vaidehí se acercó al brasero encendido. [...]

Habiéndose inclinado ante los daivatas⁴ y los brahmanes⁵, Maithilí⁶, las manos juntas en forma de anjali⁷, habló en estos términos delante del fuego: «Del mismo modo que mi corazón jamás se separó de Raghava, que así el Espectador del Universo, Pavaka, ¡me conceda toda su protección! Como yo soy de costumbres puras, bien que Raghava me crea mancillada, del mismo modo que el Espectador del Universo, Pavaka, ¡me conceda toda su protección!». Tras estas palabras, Vaidehí dio la vuelta a la hoguera y con alma intrépida entró en las llamas.

VALMIKI

Ramayana. Traducción de Juan B. Bergua

¹ **Vaidehí**: Sita, llamada así por pertenecer al pueblo de los videhas.

² **Raghava**: el dios Rama.

³ **pradakshina**: ritual consistente en caminar en círculo alrededor de un lugar sagrado.

⁴ **daivata**: divinidades.

⁵ **brahmanes**: miembros de la casta sacerdotal

⁶ **Maithilí**: Sita (princesa de la región de Mithila).

⁷ **anjali**: colocación de las manos en el saludo tradicional de la India.

El hijo pródigo

Y añadió: Un hombre tenía dos hijos. Y le dijo el más joven de ellos al padre: Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde. Y les dividió la hacienda.

Y pasados pocos días, el más joven, reuniéndolo todo, partió a una tierra lejana y allí disipó toda su hacienda viviendo disolutamente. Después de haberlo gastado todo sobrevino una fuerte hambre en aquella tierra y comenzó a sentir necesidad. Y se fue y se puso a servir a uno de los de aquella tierra, que le mandó a sus campos a apacentar puercos. Deseaba llenar su estómago de las algarrobas que comían los puercos, y no le era dado. Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia y yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra ti. No soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, se vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos vio el padre y, compadecido, corrió a él y se arrojó a su cuello, y le cubrió de besos. Díjole el hijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; y no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: Pronto, traed la túnica más rica y vestídsela, poned un anillo en su mano y unas sandalias en sus pies, y traed un becerro bien cebado y matadle, y comamos y alegrémonos, porque éste mi hijo que había muerto ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado. Y se pusieron a celebrar la fiesta.

El hijo mayor se hallaba en el campo, y cuando, de vuelta, se acercaba a la casa, oyó la música y los coros; y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello. Él le dijo: Ha vuelto tu hermano y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, porque ha venido sano. Él se enojó y no quería entrar; pero su padre salió y le llamaba. Él respondió y dijo a su padre: Hace ya tantos años que te sirvo sin jamás haber traspasado tus órdenes y nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos; y al venir este hijo tuyo, que ha consumido su fortuna con meretrices, le matas un becerro cebado. Pero él le dijo: Hijo, tú estás siempre conmigo y todos mis bienes tuyos son; mas era preciso hacer una fiesta y alegrarse, porque éste tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado.

LUCAS, 15:11-32

La Biblia

El poema de Gilgamesh

«Las lágrimas corren por la cara de Gilgamesh (al tiempo que dice):

-"(Voy a recorrer) un camino por el que nunca he andado. (Voy a emprender un viaje) desconocido para mí.

[...] Debiera estar contento, con el corazón gozoso [...].

(Si triunfo te haré sentar en) un trono." Ellos le trajeron su armadura,

[...] poderosas espadas, el arco y el carcaj,

y se lo pusieron en sus manos. Él
cogió las azuelas,
[...] su temblor,
(el arco) de Anshan;
puso la espada en su cinturón.
Podían comenzar el viaje.
La plebe se apiñaba cerca de Gilgamesh:
(-"¿Cuánto tiempo estarás ausente de Uruk?)
¡Que puedas regresar pronto a la ciudad!"
Los ancianos le rindieron homenaje y le
dan consejos sobre el viaje:
-"No confíes, Gilgamesh, únicamente en tu fuerza;
marcha con ojo alerta ¡Ten cuidado!
Que Enkidu vaya delante de ti,
pues conoce la ruta, ha recorrido el camino hasta el
desfiladero del bosque de Huwawa.
El que va delante puede proteger a su compañero.
Prepara su viaje y sálvate así con su ayuda.
¡Que Shamash te dé la victoria, que tus
ojos puedan ver
lo que tu boca ha anunciado! Que
ante ti el sendero sea llano,
que el camino se abra para que puedas pasar y que
la montaña se abra, también, a tu paso.
¡Que el dios Lugalbanda
durante la noche diga la palabra que te alegre!
¡Que no se aleje de ti, para que tu deseo se cumpla!
¡Que él restablezca tu fama como la de un joven héroe!
Después que haya muerto Huwawa, acción en la que te vas a esforzar,
¡lávate tus pies!
En tus horas de reposo nocturno, cava un pozo para que
puedas tener agua pura en tu odre.
Ofrece en honor de Shamash libaciones de agua fresca.
¡Que el dios Lugalbanda pueda guardarte tus intenciones!"
Enkidu abrió la boca y dijo a Gilgamesh:
-"Ya que has resuelto batirte, ponte en camino. Que tu
corazón no se asuste; ten confianza en mí.
Confía y sígueme, pues conozco la morada
y también los lugares que frecuenta Huwawa". [...]
Cuando los ancianos oyeron estas palabras dejaron
partir afuera al héroe, a su camino:
-"Ve, Gilgamesh, ojalá [...]
¡Ojalá los dioses caminen a tu lado!"».

El poema de Gilgamesh. Columna VI
Versión de Lara Peinado

TEXTOS TEMA 2. Grecia y Roma

Himno a Afrodita

Inmortal Afrodita la del trono pintado
la hija de Zeus, tejedora de engaños, te lo ruego:
no a mí, no me sometás a penas ni angustias
el ánimo, diosa.

Pero acude aquí, si alguna vez en otro tiempo,
al escuchar de lejos de mi voz la llamada,
la has atendido y, dejando la áurea morada
paterna, viniste,
tras aprestar tu carro. Te conducían lindos
tus veloces gorriones sobre la tierra oscura.
Batiendo en rauda ritmo sus alas desde el cielo
cruzaron el éter,
y al instante llegaron. Y tú, oh feliz diosa,
mostrando tu sonrisa en el rostro inmortal,
me preguntabas qué de nuevo sufría y a qué
de nuevo te invocaba,
y qué con tanto empeño conseguir deseaba
en mi alocado corazón. ¿A quién, esta vez
voy a atraer, oh querida, a tu amor? ¿Quién ahora,
ay Safo, te agravia?
Pues si ahora te huye, pronto va a perseguirte;
si regalos no aceptaba, ahora va a darlos,
y si no te quería, en seguida va a amarte,
aunque ella resista.

Acúdeme también ahora, y líbrame ya
de mis terribles congojas, cúpleme que logre
cuanto mi ánimo ansía, y sé en esta guerra
tu misma mi aliada.

SAFO de Lesbos
Himno a Afrodita

Perseo y Andrómeda

Herida gravemente, unas veces levanta en el aire, otras veces se esconde en las aguas y otras acosa como un feroz jabalí al que aterroriza una jauría que aúlla a su alrededor; el héroe escapa con sus alas veloces de los ávidos mordiscos y, por donde tiene acceso, hiere con su espada en forma de hoz, ya el lomo cubierto de conchas cavernosas, ya las costillas de los flancos, ya por donde la cola más delgada termina en pez. La bestia vomita por la boca olas mezcladas de sangre purpúrea: se humedecieron las alas pesadas por las salpicaduras. Perseo, sin atreverse a confiar más en sus talaras empapados, divisó un escollo que sobresalía por su pico más elevado con las aguas en calma y se ocultaba con el mar agitado: apoyado en él y agarrado con la zurda a la cima de la roca, atravesó tres y cuatro veces con su espada los ijares del monstruo. Un clamor de aplausos llenaron las orillas, y las mansiones elevadas de los dioses: Casíope y Cefeo, el padre, se alegran, lo saludan como su yerno y lo proclaman apoyo y salvador de su casa; liberada de sus cadenas avanza la doncella, el motivo y la recompensa de la hazaña. El héroe, sacando agua, lava sus manos victoriosas, y para no lesionar la cabeza serpentífera con la dura arena, mulle la tierra con hojas, extiende plantas nacidas bajo el agua y coloca allí la cabeza de la Forcínide Medusa. Las plantas recientes y todavía vivas absorbieron en su médula porosa la fuerza del monstruo, se endurecieron a su contacto y cobraron una rigidez desconocida en ramas y hojas. Las ninfas del mar intentan aquel prodigio en más plantas, se alegran al conseguir lo mismo y lanzan numerosas veces a las olas las semillas sacadas de aquéllas. Todavía ahora se conservó en los corales la misma propiedad de endurecerse al tocar el aire y de convertirse en roca encima del mar lo que era mimbre dentro del mar.

Perseo dispone en honor a tres dioses otros tantos altares de césped, el izquierdo para Mercurio, el derecho para ti, doncella guerrera, de Júpiter es el ara central: se sacrifica una vaca a Minerva, un novillo al de los pies alados, un toro a ti, soberano de los dioses. Después, coge a Andrómeda, sin dote pero recompensa de una hazaña tan grande; Himeneo y Amor blanden sus teas, se sacia el fuego de abundantes olores, cuelgan guirnaldas de los techos, y por todas partes resuenan las liras, las flautas y los cantos, felices señales de espíritus alegres; abiertas las puertas, se deja ver por entero el dorado atrio y los próceres cefenos asisten al banquete real dispuesto con una exquisita preparación.

OVIDIO

Metamorfosis. Traducción de Antonio Ramírez de Verger y Fernando Navarro Antolín

Beatus Ille

Feliz aquel que, sin negocio alguno
como los hombres de antaño,
los campos paternos con su yunta labra
libre de usura, al que nunca
despierta en las filas clarín truculento,
quien no teme al mar airado
y el foro rehúye y umbrales soberbios
de los ciudadanos ricos,
mas los altos álamos con crecidos vástagos
de la vid casa o contempla
en el valle oculto las errantes greyes
mugidoras o los brotes
secos con podón monda a los que injertos
suplanten o en limpias ánforas
guarda la exprimida miel o a las ovejas
dóciles esquila; y, cuando
Otoño en los campos alza la cabeza
ornada de suaves frutos,
¡qué bueno es coger inseridas peras
y roja uva que te obsequie
a ti, Priapo, o bien al padre Silvano,
el protector de las lindes!
Al pie de la encina vieja o en la yerba
mullida gusta de echarse
mientras entre orillas altas mana el agua,
se queja el ave en el bosque
y el eco en las frondas del arroyo invita
a dormir dulcemente.
Y, al mandar el año del tonante Jove
invierno y lluvias y nieves,
al jabalí acosa con grande jauría
hacia las redes o planta
en la lisa pértiga trampas de ancha malla
para el voraz tordo o caza
con lazo a la tímida liebre o peregrina
grulla, botín placentero.
¿Quién no olvida en ello las preocupaciones
que el amor consigo lleva?

HORACIO

Odas y epodos. Traducción de Manuel Fernández-Galiano

¡Salud!

Oigo decir que educas a tus hijos en una vida muelle. Sin embargo, lo propio de una buena madre no es atender al placer de sus hijos, sino encaminarlos a la moderación.

Vigila pues que no hagas la tarea de quien ama, sino de quien adula, ya que cuando el placer se inmiscuye en la educación de los niños los hace indisciplinados. ¿Qué hay de más agradable para los jóvenes sino los hábitos del placer?

Es necesario, por lo tanto, querida, que la crianza de los niños no se convierta en una mala educación. La molicie es distorsión de la naturaleza cuando los niños se tornan amantes del placer en sus almas y de la sensualidad en sus cuerpos, de modo que rehúyen el esfuerzo del alma y son demasiado delicados de cuerpo. Es necesario asimismo que las niños que se educan se habitúen a cosas que les dan miedo, aunque debas disgustarlos o afligirlos, para que no sean esclavos de sus sentimientos, deseosos de placer y reacios al esfuerzo, sino para que respeten lo que es bueno por encima de todo, se aparten del placer y soporten el dolor. Que no queden hartos de alimentos, ni complacidos en todos los placeres, pues esto es causa de completa indisciplinación en los niños, ni debe permitírseles decirlo y probarlo todo, especialmente si te inquietas cada vez que lloran, y te alegras cuando ríen, y sonríes con indulgencia aunque peguen a la nodriza o te digan palabras groseras. Tampoco debes esforzarte en proporcionarles frescor en verano y excesivo calor en invierno, ni en tratarlos con demasiada delicadeza. Los niños pobres no disfrutaban de nada de esto, y aun así se crían fácilmente, no crecen menos y son, con mucho, más fuertes.

Pero tu crías a tus hijos como si fueran retoños de Sardanápalo, y con los placeres debilitas su fuerza viril. Pues ¿qué es lo que se puede hacer de un niño que, si no le traen pronto de comer, llora, y cuando come, busca el deleite de las golosinas; que si hace calor, desfallece, y si hace frío, tiembla; que si alguien le riñe, planta cara; y si nadie le ayuda a obtener lo que le place, se entristece; que, si no mastica algo, muestra mal humor; que malgasta el tiempo en pos del placer, y, dando vueltas en torno a él, acaba por hundirse en el desenfreno?

Cuida, pues, querida -sabiendo que los niños que viven en el lujo, cuando se hacen hombres se convierten en esclavos- de privarles de tales placeres, dándoles así una educación austera en lugar de muelle; permíteles soportar el hambre y la sed, el frío y el calor, así como la vergüenza que puedan causarles sus compañeros o sus vigilantes. De este modo será posible que tus hijos alcancen a ser nobles de alma, tanto si están en tensión como relajados. Pues los esfuerzos, querida, son para los niños como mordientes que les empujan a perfeccionar su virtud; y si se sumergen en ellos suficientemente, adquieren el tinte de la virtud de la manera más adecuada. Vigila, pues, amiga mía, que, al igual que de las viñas mal cuidadas se obtienen frutos deficientes, tus hijos, a causa de la molicie, no produzcan los malos frutos de la desmesura y de una gran inutilidad. Que lo pases bien.

TEANO de Crotona

Carta de Teano de Crotona a Eubule

TEXTOS TEMA 3. Edad Media

Al amigo

He estado en grave cuita¹
por un caballero que he tenido,
y quiero que para siempre se sepa
cuán excesivamente lo he amado.
Ahora veo que soy traicionada,
porque no le di mi amor;
y por esto he estado en gran congoja
en el lecho y cuando estoy vestida.
Quisiera tener a mi caballero,
una noche, desnudo en mis brazos,
y que él se tuviera por dichoso
solo con que yo le hiciese de almohada.
Pues estoy más enamorada
que Floris lo estuvo de Blancaflor²:
le entrego mi corazón, mi amor,
mi juicio, mis ojos y mi vida.
Hermoso amigo, amable y bueno,
¿cuándo os tendré en mi poder?
¡Ojalá pudiese dormir con vos una noche y daros un beso amoroso!
Sabed que gran deseo tendría de teneros en el lugar del marido,
con que me hubieseis jurado hacer cuanto yo quisiera.

Condesa DE DÍA*en La poesía de los trovadores, Espasa Calpe*

¹**cuita**: aflicción, desventura, tristeza.

²**Floris y Blancaflor**: célebres amantes de la Edad Media.

Cantar de los Nibelungos

Pronto se desprendió de la espada y se desembarazó del carcaj. La recia jabalina la dejó apoyada en una rama de tilo. El escudo lo dejó en el suelo, allí donde manaba la fuente. Las virtudes cortesanas de Sigfrido eran muy grandes. Por ardiente que fuera su sed, el héroe no quería beber antes de que lo hiciera el rey. ¡Mal se lo había de agradecer el soberano! La fuente tenía el agua fresca, clara y agradable. Gunter se agachó hacia la corriente. Cuando hubo bebido, volvióse a levantar. De buena gana hubiera hecho lo mismo Sigfrido. Pero él hubo de pagar su buena crianza. El arco y la espada, todo lo quitó Hagen¹ de allí. Luego volvió de un salto adonde estaba la jabalina. Ahora se puso a buscar la señal que había en la ropa del valiente. Cuando Sigfrido estaba inclinado sobre la fuente, le clavó la jabalina en la cruz señalada en la espalda. Por la herida le brotó abundante la sangre que salía del corazón. Nunca podrá héroe alguno cometer tamaña felonía².

Clavada en el corazón le dejó entonces el arma. Jamás en esta vida corrió Hagen tan furiosamente huyendo de un hombre. Cuando el señor Sigfrido se percató de su terrible herida, saltó loco de furor de la fuente. El príncipe creía poder encontrar allí el arco o la espada: entonces habría pagado mercedamente Hagen su vileza.

Cuando el malherido no pudo hallar la espada, no le quedó otra arma que el escudo. Alejándose de la fuente, corrió al encuentro de Hagen. Ahora no pudo escapársele el hombre de Gunter. Aunque estaba herido de muerte, sus tajos eran tan desaforados que del escudo saltaban piedras preciosas, y quedó enteramente destrozado. Pronto fue derribado Hagen por la fuerza de su brazo. La violencia del golpe lo hizo resonar en toda la isla. Tanto le irritaba la grave herida, que padeció por ella honda aflicción. El color de la faz se había tornado lívido; ya no podía tenerse en pie. En su color pálido se iban marcando las señales de la muerte.

Cantar de los Nibelungos, Cátedra (adaptación)

¹ **Hagen**: caballero burgundio leal a Brunilda.

² **felonía**: deslealtad, traición.

Tristan e Iseo

[Las comitivas de Marco y Arturo se reúnen para escuchar el juramento en el que Iseo debe proclamar que no ha cometido adulterio. Tristán los acompaña, disfrazado de leproso].

En la otra orilla quedose Iseo sola. Frente al vado era enorme la aglomeración: los dos reyes y todos sus barones. ¡Escuchad qué destreza la de Iseo! [...] Llevaba vestidos de seda, que habían sido traídos de Bagdad y forrados de blanco armiño. Pellizón¹ y brial² arrastraban larga cola. Sobre los hombros le caen los cabellos, trenzados con cintas de lino e hilo de oro fino. Un aro de oro llevaba en la cabeza, que daba vuelta entera a su frente, sonrosada, llena de frescor y claridad. Así se dirige hacia la pasarela:

—Quiero hacer contigo un trato.

—Reina noble, de encumbrada cuna, iré a ti sin excusa, pero ignoro qué quieres decir.

—No quiero mancharme de fango los vestidos: harás de asno para trasladarme.

—¡Cómo! —exclama—, noble reina, no me requiráis para esa tarea. Soy leproso, jorobado y contrahecho.

—Aprisa —contesta ella—. ¿Crees que tu mal vaya a contagiarme? No tengas miedo, no lo hará [...]. Vuelve tu cara hacia allá y tu espalda hacia acá: montaré como un escudero.

Y entonces sonrió el enfermo, se pone de espaldas y monta ella. Todos los observan, reyes y condes.

Miniatura de El romance del buen caballero Tristán, hijo de rey (siglo XV).

[Poco después, tiene lugar la ceremonia del juramento].

Hizo uso de la palabra Arturo, que estaba el más cercano a Iseo:

—Prestadme atención, hermosa Iseo, y oíd la declaración que se os exige: que Tristán no tuvo con vos amor de lascivia o adulterio, sino solo aquel que debía profesar a su tío y a la esposa de este.

—Señores —responde ella—, por la gracia de Dios, santas reliquias veo aquí. Escuchad lo que por ellas voy a jurar, a fin que tenga el rey todas las garantías: juro por Dios y san Hilario, [...] que entre mis muslos no entró hombre, salvo el leproso que hizo de montura y me trasladó a esta orilla del vado, y el rey Marco, mi marido.

Béroul

Tristán e Iseo, Cátedra

¹ **pellizón**: prenda de abrigo hecha o forrada de pieles finas.

² **brial**: vestido de seda o tela rica que usaban las mujeres

Las mil y una noches

Noche 15. Así pues, llegada la noche, y cuando el rey se había ya acostado con Shahrasad, Dinarsad rogó a su hermana que, si no dormía todavía, les siguiera narrando aquellas historias tan maravillosas que alegraban las penas y alejaban las preocupaciones. «Acaba de contarnos la historia del rey Yunán y el sabio Dubán», le pidió el rey Shahrasad. Shahrasad accedió encantada y reanudó el relato.

Cuentan, majestad, que el rey Yunán dijo a su visir que era la envidia la que le impulsaba a convencerle de que matara al sabio, pero que, si lo hacía, sin duda se arrepentiría. Así le había ocurrido al protagonista de la historia que le acababa de contar.

—Majestad —prosiguió el visir—, mi única intención es preveniros del mal que os puede hacer este sabio. Sabed que yo sólo quiero vuestro bien. Si lo que os digo resulta ser falso, haced que pague las consecuencias de mi irresponsabilidad, tal como las pagó un visir que se burló del hijo de su soberano. Y el rey Yunán sintió curiosidad por conocer la historia y el visir explicó:

El príncipe y el ogro

Érase una vez un rey cuyo hijo era un gran aficionado a las actividades cinegéticas y, siempre que salía de cacería, el monarca ordenaba a su visir que acompañara al joven en todo momento. Un día que el joven príncipe salió de cacería con toda la comitiva, encabezada por el visir, una fiera se interpuso en su camino.

—Vamos, persíguela, es toda tuya —dijo socarronamente el visir al príncipe.

El joven, creyendo que era una orden, salió en persecución del animal, pero no fue capaz de seguirle el rastro y se perdió en medio del páramo. Cabalgando sin rumbo, el muchacho se encontró con una joven que lloraba al pie del camino.

—¿Quién eres? —le preguntó el príncipe.

—Soy hija de un rey de la India. Iba en una caravana cuando me quedé dormida encima de mi acémila y me caí. Y aquí me quedé, desorientada, sin saber a dónde ir.

El joven príncipe sintió compasión de la muchacha, la montó con él en su caballo y prosiguieron camino. Pero al pasar por delante de una cueva la joven manifestó al príncipe el deseo de apearse para hacer sus necesidades. El joven la ayudó a desmontar y la muchacha entró en la cueva. Transcurridos unos momentos, el príncipe, ignorando que aquella muchacha era una hembra de ogro, decidió también entrar en la cueva y he aquí que oyó cómo ella intercambiaba estas palabras con sus retoños:

—Hoy os he traído un precioso y cebado joven.

—Tráelo de prisa, madre, que nos lo comeremos en un santiamén.

Estas palabras asustaron terriblemente al joven, que decidió huir de inmediato. Pero la hembra de ogro salió en su persecución y, como si nada ocurriera, le preguntó de qué tenía miedo.

—He sido víctima de un engaño —dijo el príncipe.

—Pues pide a Dios que te ayude —arguyó la joven—. Él, alabado sea, puede alejarte de cualquier mal que te atenace.

El joven alzó las manos...

La luz del alba sorprendió a Shahrasad y ella dejó de hablar.

«¡Qué precioso relato!», exclamó su hermana Dinarsad. «Pues si el rey me deja vivir, la próxima noche os contaré algo mucho más extraordinario aún», dijo Shahrasad.

TEXTOS TEMA 4. Renacimiento

El cancionero

El oro y perlas y el floral tocado
que el invierno marchita ahora y arruina
me son acerba y venenosa espina
que el pecho me desgarran y el costado.

Y, aunque ello baste a darme fin contado,
que dura rara vez pena dañina,
más culpo yo al espejo de mi ruina
que habéis con contemplaros vos cansado.

Él mi Señor silencio, según veo,
que por mí intercedía, y lo deshace
al ver que acaba en vos vuestro deseo.

Él, que de mí en vos olvido hace,
fue bañado en las aguas del Leteo,
donde el principio de mi muerte nace.

Francesco PETRARCA
El cancionero. Fragmento XLVI

De las cosas por las que los hombres, y especialmente los príncipes, son alabados o censurados

Queda ahora por analizar cómo debe comportarse un príncipe en el trato con súbditos y amigos. Y porque sé que muchos han escrito sobre el tema, me pregunto, al escribir ahora yo, si no seré tachado de presuntuoso, sobre todo al comprobar que en esta materia me aparto de sus opiniones. Pero siendo mi propósito escribir cosa útil para quien la entiende, me ha parecido más conveniente ir tras la verdad efectiva de la cosa que tras su apariencia. Porque muchos se han imaginado como existentes de veras a repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos; porque hay tanta diferencia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que aquel que deja lo que se hace por lo que debería hacerse marcha a su ruina en vez de beneficiarse; pues un hombre que en todas partes quiera hacer profesión de bueno es inevitable que se pierda entre tantos que no lo son. Por lo cual es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno, y a practicarlo o no de acuerdo con la necesidad.

Dejando, pues, a un lado las fantasías, y preocupándonos sólo de las cosas reales, digo que todos los hombres, cuando se habla de ellos, y en particular los príncipes, por ocupar posiciones más elevadas, son juzgados por algunas de estas cualidades que les valen o censura o elogio. Uno es llamado pródigo, otro tacaño (y empleo un término toscano, porque “avaro”, en nuestra lengua, es también el que tiende a enriquecerse por medio de la rapiña, mientras que llamamos “tacaño” al que se abstiene demasiado de gastar lo suyo); uno es considerado dadivoso, otro rapaz; uno cruel, otro clemente; uno traidor, otro leal; uno afeminado y pusilánime, otro decidido y animoso; uno humano, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno sincero, otro astuto; uno duro, otro débil; uno grave, otro frívolo; uno religioso, otro incrédulo, y así sucesivamente. Sé que no habría nadie que no opinase que sería cosa muy loable que, de entre todas las cualidades nombradas, un príncipe poseyese las que son consideradas buenas; pero como no es posible poseerlas todas, ni observarlas siempre, porque la naturaleza humana no lo consiente, le es preciso ser tan cuerdo que sepa evitar la vergüenza de aquellas que le significarían la pérdida del Estado, y, si puede, aun de las que no se lo harían perder; pero si no puede no debe preocuparse gran cosa, y mucho menos de incurrir en la infamia de vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el Estado, porque si consideramos esto con frialdad, hallaremos que, a veces, lo que parece virtud es causa de ruina, y lo que parece vicio sólo acaba por traer el bienestar y la seguridad.

Nicolás MAQUIAVELO
El príncipe. Capítulo XV

De pari aut impari Evae atque Adae peccato

Sobre el pecado igual o desigual de Adán y Eva: brillante discusión entre el ilustrísimo señor veneciano Ludovico Foscarini, doctor en Artes y en ambos Derechos y la noble y doctísima y divina señora veronesa Isotta Nogarola sobre la sentencia de Aurelio Agustín, esto es: “pecaron con sexo distinto pero con igual orgullo”.

Ludovico empieza:

Si en algún modo puede ser mayor la gravedad de nuestro pecado, Eva fue más condenable, porque fue condenada por un justo juez a un castigo más duro, porque creyó que había sido creada más parecida a Dios, lo que se suma a la categoría de pecados imperdonables hacia el espíritu santo, porque ella lo sugirió y fue la causa del pecado de Adán, no al contrario, y asimismo, aunque sea una excusa torpe pecar a causa de un amigo, porque, con todo, ninguna fue más tolerable que con la que fue seducido Adán.

Isotta:

Yo en cambio, ya que me desafías, lo veo de forma completamente distinta; pues, allí donde hay menor inteligencia y menor firmeza, hay menos pecado; y de acuerdo con esto, por consiguiente, Eva pecó menos. Por lo tanto, aquella astuta serpiente, sabiendo esto, al comienzo de la tentación eligió a la mujer, dudando de que el hombre no pudiera ser vencido por su firmeza. De las Sentencias II: “Permaneciendo en presencia de una mujer, el antiguo enemigo no se atrevió a prorrumpir en palabras de persuasión, sino que se dirigió a ella con una pregunta: ¿Por qué os ordenó Dios que no comierais del árbol del paraíso? A lo que ella contestó: Para que no muramos por casualidad. Viendo que ella dudaba de las palabras del señor, el diablo dijo: No vais a morir, sino que seréis como Dios, conocedores del bien y del mal”. Además, por causa de un mayor desprecio de la orden, pues el Génesis II muestra que el señor previene a Adán, no a Eva, cuando dice: “Así pues, el soberano Dios llevó al hombre y lo puso en el paraíso de los placeres, para que trabajara en él y lo custodiara, y no dijo: para que trabajaran y lo custodiaran, – y advirtió a este y no a estos: come de toda clase de árbol y no comed, – pero cualquier día que comas (del árbol prohibido), morirás” y no moriréis. Y (dijo) esto porque apreciaba más al hombre que a la mujer. Y no se considera que la mujer hizo esto porque creyera que fue creada más similar a Dios, sino por una mayor fragilidad y predisposición al placer; Por lo que: “la mujer vio que el árbol era bueno para alimentarse y hermoso para los ojos y deleitable en aspecto, y tomó del fruto de aquel y comió y se lo dio a su marido” y no dijo que fuera para ser parecida a Dios. Y si Adán no hubiera comido, el pecado no hubiera ido más allá.

Isotta NOGAROLA

De pari aut impari Evae atque Adae peccato. Traducción de Alaitx Loiarde Otxandorena

El halcón de Federigo

En Florencia hubo un joven llamado Federigo de los Alberighi, en hechos de armas y en cortesía alabado sobre todos los demás donceles de Toscana. El cual, como sucede a la mayoría de los gentileshombres, de una cortés señora llamada doña Giovanna se enamoró, en sus tiempos tenida como de las más hermosas mujeres y de las más gallardas que hubiera en Florencia; y para poder conseguir su amor, justaba, torneaba, daba fiestas y regalos, y lo suyo sin ninguna contención gastaba: pero ella, no menos honesta que hermosa, de ninguna de estas cosas por ella hechas ni de quien las hacía se ocupaba.

Gastando, pues, Federigo mucho más de lo que podía y no consiguiendo nada, como suele suceder las riquezas le faltaron, y se quedó pobre, sin otra cosa haberle quedado que una tierra pequeña de las rentas de la cual estrechamente vivía, y además de esto un halcón de los mejores del mundo; por lo que, más enamorado que nunca y no pareciéndole que podía seguir llevando una vida ciudadana como deseaba, a Campi, donde estaba su pequeña hacienda, se fue a vivir. Allí, cuando podía, cazando y sin invitar a nadie, su pobreza sobrellevaba pacientemente.

Ahora, sucedió un día que, habiendo Federigo llegado a estos extremos, el marido de doña Giovanna enfermó, y viendo llegar la muerte hizo testamento; y siendo riquísimo dejó heredero de ello a un hijo suyo ya grandecito, y después de él, habiendo amado mucho a doña Giovanna, a ella, si sucediese que el hijo muriera sin heredero legítimo, como heredera constituyó, y murió.

Quedándose, pues, viuda doña Giovanna, como es costumbre entre nuestras mujeres, en el verano con este hijo suyo se iba al campo a una posesión asaz cercana a la de Federigo; por lo que sucedió que aquel jovencito empezó a hacer amistad con Federigo y a entretenerse con las aves de caza y los perros; y habiendo visto muchas veces volar el halcón de Federigo, gustándole extraordinariamente, mucho deseaba tenerlo, pero no se atrevía a pedírselo viendo que él lo quería tanto. Y estando así la cosa, sucedió que el muchachito se enfermó, de lo que la madre, muy doliente, como quien no tenía más y lo amaba lo más que podía, estando todo el día junto a él, no dejaba de cuidarlo y muchas veces le preguntaba si deseaba algo, rogándole que se lo dijese, que tuviera la certeza que si fuese posible tenerlo lo conseguiría donde estuviera.

El jovencito, oyendo muchas veces estos proferimientos, dijo:

- Madre mía, si hacéis que tenga el halcón de Federigo, creo que me curaré en seguida.

La señora, oyendo esto, se quedó callada un rato y empezó a pensar qué podía hacer. Sabía que Federigo largamente la había amado, y nunca de ella una mirada había obtenido; por lo que se decía: «¿Cómo enviaré o iré yo a pedirle este halcón que es, por lo que oigo, el mejor que nunca ha volado, y además es lo que lo mantiene en el mundo? ¿Y cómo voy a ser tan desconsiderada que a un gentilhomme a quien ningún otro deleite ha quedado, quiera quitárselo?»

Y preocupada con tal pensamiento, si bien estaba segurísima de obtenerlo si se lo pedía, sin saber qué decir, no le contestaba a su hijo, sino que se callaba. Por último, la venció tanto el amor de su hijo, que decidió para contentarlo que, pasara lo que pasase, no mandaría por él, sino que iría ella misma y se lo traería, y repuso:

- Hijo mío, consuélate y piensa en curarte de todas las maneras, que te prometo que lo primero que haré mañana por la mañana será ir a buscarlo y te lo traeré.

Con lo que, contento el niño, el mismo día mostró cierta mejoría. La señora, a la mañana siguiente, tomando otra señora en su compañía, como de paseo se fue a la pequeña casa de Federigo y preguntó por él. Como no era temporada de caza, él estaba en el huerto y preparaba algunas faenas allí. Al oír que doña Giovanna preguntaba por él a la puerta, maravillándose mucho, corrió allí muy contento; y ella, al verlo venir, con señorial amabilidad levantándose a saludarlo, habiéndola ya Federigo con reverencia saludado, dijo:

- ¡Bien hallado seáis, Federigo! —y siguió—. He venido a reparar los daños que has sufrido por mí amándome más de lo que hubiera convenido; y la reparación es que quiero con esta compañía mía almorzar contigo familiarmente hoy.

A quien Federigo, humildemente, repuso:

- Señora, ningún daño me acuerdo de haber recibido de vos, sino tanto bien que, si alguna vez algún valor tuve, por vuestro valor y por el amor que os tuve fue; y ciertamente esta vuestra liberal venida me es más querida que me sería si otra vez me fuera dado gastar cuanto ya he gastado, aunque a pobre huésped habéis venido.

Y dicho así, avergonzado la recibió en su casa, y de ella la condujo a su jardín, y no teniendo allí a quien hacer acompañarla, dijo:

- Señoras, pues que nadie más hay, esta buena mujer, esposa de este labrador, os hará compañía mientras voy a hacer poner la mesa.

Él, por muy extrema que fuese su pobreza, no se había percatado todavía de cuánto necesitaba las riquezas que había gastado desordenadamente; pero esta mañana, no encontrando nada con que poder honrar a la señora por amor de quien ya había honrado a infinitos hombres, se lo hizo ver. Y sobremanera angustiado, maldiciendo su fortuna, como un hombre fuera de sí, ora yendo aquí y ora allí, ni dineros ni nada para empeñar encontrando, siendo tarde la hora y el deseo grande de honrar con algo a la noble señora, y no queriendo, no ya a otro, sino ni a su mismo labrador, pedir nada, vio delante su buen halcón, que estaba en la salita en su percha; por lo que, no teniendo otra cosa a qué recurrir, lo cogió y encontrándolo gordo pensó que sería digna comida de tal señora.

Y sin pensarlo más, quitándole el collar, a una criadita lo hizo prestamente, pelado y condimentado, poner en un asador y asar cuidadosamente; y poniendo la mesa con manteles blanquísimos, de los que aún tenía algunos, con alegre gesto volvió a la señora a su jardín, y el almuerzo que podía él, dijo que estaba preparado. Con lo que la señora, levantándose con su compañera, fueron a la mesa, y sin saber qué se estaban comiendo, junto con Federigo, que con suma devoción les servía, se comieron al buen halcón.

Y levantándose de la mesa, y un tanto con amables conversaciones quedándose con él un rato, pareciéndole a la señora momento de decir aquello por lo que ido había, así benignamente comenzó a hablar a Federigo:

- Federigo, acordándote tú de tu pasada vida y de mi honestidad, que tal vez hayas reputado dureza y crueldad, no dudo que debes maravillarte de mi atrevimiento al oír aquello por lo que principalmente aquí he venido; pero si tuvieses hijos o los hubieras tenido, por quienes pudieras conocer de qué gran fuerza es el amor que se les tiene, me parecería estar segura de que en parte me tendrías por excusada. Pero aunque no los tienes, yo que tengo uno, no puedo dejar de seguir las leyes comunes de las demás madres; las cuales forzoso me es seguir y contra mi voluntad, y fuera de toda conveniencia y deber, pedirte un regalo que sé que te es sumamente querido: y es justo porque ningún otro deleite, ningún otro entretenimiento, ningún consuelo te ha dejado tu rigurosa fortuna; y este regalo es tu halcón, del que mi niño se ha encaprichado tan fuertemente que si no se lo llevo temo que se agrave tanto en la enfermedad que tiene que se siga de ello alguna cosa por la que lo pierda. Y por ello te ruego no por el amor que me tienes, por el cual ninguna obligación tienes, sino por tu nobleza, que en usar cortesía se ha mostrado mayor que la de ningún otro, que te plazca dármele para que con este don pueda decir que he conservado con vida a mi hijo y por ello te quede siempre obligada.

Federigo, al oír aquello que la señora pedía, y sintiendo que no le podía servir porque se lo había dado a comer, comenzó en su presencia a llorar antes de poder responder palabra, cuyo llanto la señora creyó primero que de dolor por tener que separarse de su buen halcón vendría más que de otra cosa, y a punto estuvo de decirle que no lo quería; pero conteniéndose, esperó después del llanto la respuesta de Federigo. El cual dijo así:

- Señora, desde que quiso Dios que en vos pusiera mi amor, en muchas cosas he juzgado que la fortuna me era contraria y me he dolido de ella, pero todas han sido ligeras con respecto a lo que me hacen en este momento, con lo que jamás podré estar en paz con ella, pensando que vos hayáis venido aquí a mi pobre casa cuando, mientras que fue rica, no os dignasteis a venir, y me pidáis un pequeño don, y ella ha hecho de manera que no pueda dároslo; y por qué no puede ser os lo diré brevemente. Cuando oí que deseabais por vuestra bondad comer conmigo, considerando vuestra excelencia y vuestro valor, reputé digna y conveniente cosa que con más preciosa vianda dentro de mis posibilidades debía honraros que las que suelen usarse para las demás personas; por lo que, acordándome del halcón que me pedís, y de su bondad, pensé que era digno alimento para vos: y esta mañana, asado lo habéis tenido en el plato, y yo lo tenía por óptimamente albergado, pero al ver ahora que de otra manera lo deseabais, siento tal duelo por no poder servirlos que creo que nunca podré tener paz.

Y dicho esto, las plumas y las patas y el pico hizo echarles delante en testimonio de ello. La cual cosa viendo la señora y oyendo, primero le reprendió por haber matado tal halcón para dar de comer a una mujer, y luego la grandeza de su ánimo, que la pobreza no había podido ni podía abatir mucho en su interior alabó; luego, perdida la esperanza de poder tener el halcón, y tal vez por la salud del hijo preocupada, dando las gracias a Federigo por el honor que le había hecho y por su buena voluntad, toda melancólica se fue y volvió con su hijo; el cual, o por tristeza de no haber podido tener el halcón, o por la enfermedad que a pesar de todo debería haberlo llevado a ello, no pasaron muchos días sin que, con grandísimo dolor de la madre, terminase esta vida. La cual, luego que llena de lágrimas y amargura hubo estado un tanto, habiendo quedado riquísima y todavía joven, muchas veces fue instada por sus hermanos a que se casase de nuevo; la cual, aunque no hubiera querido; sin embargo, viéndose molestar, acordándose de valor de Federigo y de su magnanimidad última, esto es, de que había matado tal halcón para honrarla, dijo a sus hermanos:

- Yo de buen grado, si os satisface, me quedaría sin casar, pero si os place que tome marido, ciertamente no tomaré otro jamás si no tengo a Federigo de los Alberighi.

A lo cual los hermanos, burlándose de ella, dijeron:

- Tonta, ¿qué es lo que dices? ¿Cómo lo quieres a él, que no tiene nada en el mundo?

A lo que ella respondió:

- Hermanos míos, bien sé que es como decís, pero antes quiero un hombre que necesite riquezas que riquezas que necesiten un hombre.

Los hermanos, oyendo su voluntad y conociendo que era Federigo de gente principal, aunque fuese pobre, tal como ella quiso, se la dieron con todas sus riquezas; el cual, con tal señora que tanto había amado viéndose por mujer, y además de ello riquísimo, con ella felizmente, convertido en mejor administrador, terminó sus años.

FIN

Giovanni BOCCACCIO

El Decameron. Quinta jornada. Narración novena

TEXTOS TEMA 5. Literatura en el siglo XVII

Hamlet

HAMLET.—Ser o no ser, esa es la cuestión:
si es más noble para el alma soportar
las flechas y pedradas de la áspera Fortuna
o armarse contra un mar de adversidades
y darles fin en el encuentro. Morir: dormir,
nada más. Y si durmiendo terminaran
las angustias y los mil ataques naturales
herencia de la carne, sería una conclusión
seriamente deseable. Morir, dormir:
dormir, tal vez soñar. Sí, ese es el estorbo;
pues qué podríamos soñar en nuestro sueño eterno,
ya libres del agobio terrenal,
es una consideración que frena el juicio
y da tan larga vida a la desgracia. Pues ¿quién
soportaría los azotes e injurias de este mundo,
el desmán del tirano, la afrenta del soberbio,
las penas del amor menospreciado,
la tardanza de la ley, la arrogancia del cargo,
los insultos que sufre la paciencia,
pudiendo cerrar cuentas uno mismo
con un simple puñal? ¿Quién lleva esas cargas,
gimiendo y sudando bajo el peso de esta vida,
si no es porque el temor al más allá,
la tierra inexplorada de cuyas fronteras
ningún viajero vuelve, detiene los sentidos
y nos hace soportar los males que tenemos
antes que huir hacia otros que ignoramos?
La conciencia nos vuelve unos cobardes,
el color natural de nuestro ánimo
se mustia con el pálido matiz del pensamiento,
y empresas de gran peso y entidad
por tal motivo se desvían de su curso
y ya no son acción.

William SHAKESPEARE
Hamlet, Espasa Calpe

Los empeños de una casa

(Salen DOÑA LEONOR y DOÑA ANA.)

DOÑA ANA

¿Cómo la noche has pasado,
Leonor?

DOÑA LEONOR

Decirte, señora,
que no me lo preguntaras quisiera.

DOÑA ANA

¿Por qué?
(*Aparte.*)
¡Ah penosa atención, que me precisas a agradar a quien me enoja!

DOÑA LEONOR

Porque si me lo preguntas, es fuerza que te responda que la pasé bien o mal, y en cualquiera de estas cosas encuentro un inconveniente; pues mis penas y tus honras están tan mal avenidas, que si te respondo ahora que mal, será grosería, y que bien, será lisonja.

DOÑA ANA

Leonor, tu ingenio y tu cara el uno a otro se malogra, que quien es tan entendida es lástima que sea hermosa.

DOÑA LEONOR

Como tú estás tan segura de que aventajas a todas las hermosuras, te

muestras fácilmente cariñosa en alabarlas, porque quien no compite, no estorba.

DOÑA ANA

Leonor, y de tus cuidados ¿cómo estás?

DOÑA LEONOR

Como quien toca, náufrago entre la borrasca de las olas procelosas, ya con la quilla el abismo, y ya el cielo con la popa.
(*Aparte.*)

¿Cómo le preguntaré -pero está el alma medrosa- a qué vino anoche Carlos? Mas ¿qué temo, si me ahoga después de tantos tormentos, de los celos la ponzoña?

DOÑA ANA

Leonor, ¿en qué te suspendes?

DOÑA LEONOR

Quisiera saber, perdona, que pues ya mi amor te dije, fuera cautela notoria querer no mostrar cuidado de aquello que tú no ignoras que es preciso que le tenga; y así, pregunto, señora, pues sabes ya que yo quiero a Carlos y que su esposa soy: ¿cómo entró anoche aquí?

DOÑA ANA

Deja que no te responda a esa pregunta tan presto.

DOÑA LEONOR

¿Por qué?

DOÑA ANA

Porque quiero ahora que te diviertas oyendo cantar.

DOÑA LEONOR

Mejor mis congojas se divirtieran sabiendo esto, que es lo que me importa; y así...

DOÑA ANA

Con decirte que fue una contingencia sola, te respondo; mas mi hermano viene.

DOÑA LEONOR

Pues que yo me esconda será preciso.

DOÑA ANA

Antes no, que ya yo de tu persona le di cuenta, porque pueda aliviarte en tus congojas; que al fin los hombres mejor diligencian estas cosas, que nosotras.

DOÑA LEONOR

Dices bien; mas no sé qué me alborota.

Sor Juana Inés DE LA CRUZ

Los empeños de una casa. Comienzo jornada segunda. Acto II

Tartufo

[Orgón quiere casar a su hija con Tartufo, que ha intentado seducir a su esposa Elmira]

Elmira.—Poneos debajo de esta mesa y esperad.

Orgón.—¿Cómo?

Elmira.—Escondeos bien; es muy necesario. No os escandalicéis en modo alguno, os lo ruego. Diga lo que diga, todo me estará permitido. Voy, por medio de zalamerías, y puesto que se me obliga a ello, a desenmascarar a ese alma hipócrita, a halagar los impúdicos deseos de su amor y a dar campo libre a su temeridad. Como es por vos, y para perderle mejor, por quien yo voy a fingir corresponder a su amor, cesaré en cuanto estéis convencido, y las cosas no llegarán más que hasta donde queráis. [...] Aquí llega. Permaneced callado y tened cuidado que nadie os vea. [...]

(Tartufo, Elmira y Orgón, debajo de la mesa).

Tartufo.—Se me ha dicho que queráis hablarme en este lugar.

Elmira.—Sí. Tengo que revelaros unos secretos. Pero antes de empezar cerrad esa puerta para que os lo diga y escudriñadlo todo por temor a que nos sorprendan (Tartufo cierra la puerta y vuelve). [...] Cuando yo misma os forcé a rechazar la boda que mi esposo acababa de anunciar, ¿no debisteis al punto comprender el interés que por vos existe y el pesar que habría de causar el que ese enlace decidido se realizara, al ver partido un corazón que alguien ansía entero para sí?

Tartufo.—Es, sin duda, señora, un goce indecible oír esas palabras de una boca amada; su miel derrama en todos mis sentidos una dulzura jamás gustada. La dicha de agradaros es mi supremo afán, y mi corazón se extasía en todos vuestros deseos. Pero mi corazón os pide en este instante que le concedáis la libertad de atreverse a dudar un tanto de su felicidad. Podría yo creer que esas palabras son un honesto artificio para obligarme a deshacer un enlace concertado; y si me permitís hablaros claramente, de tan dulces palabras me fiaré solo cuando me otorguéis ciertos favores por los que suspiro y que vengan a confirmarme en todo cuanto aquellas han podido expresarme, afirmando en mi alma una fe constante en las dulces bondades que conmigo tenéis.

Elmira.—(Tosiendo, avisando a su marido). ¡Cómo! ¿Queréis ir tan deprisa y agotar desde el primer instante la ternura de mi corazón? Parece que sacrificarme en dulces confesiones no os basta... ¿No podéis sentiros satisfecho sin llegar a los últimos favores? [...]

Tartufo.—Si mis homenajes miráis benévolamente, ¿por qué negarme ahora la prueba definitiva?

Elmira.—¿Y cómo consentir en lo que deseáis sin ofender a ese cielo que tanto os preocupa?

Tartufo.—Si es solamente el cielo lo que se opone a mis deseos, apartar tal obstáculo es fácil para mí, y por ello no debe contenerse vuestro corazón.

Elmira.—¡Mas nos atemorizan tanto con los decretos de la providencia!

Tartufo.—Yo puedo disiparos esos temores ridículos, señora; conozco el arte de acallar los escrúpulos. El cielo prohíbe, en verdad, ciertos goces; mas pueden realizarse con él algunas transacciones... (Es un desalmado que habla). Según las necesidades, existe el arte de ensanchar los lazos de nuestra conciencia y de rectificar la maldad de los actos con la pureza de nuestras intenciones. Ya se os iniciará, señora, en esos secretos: no tenéis más que dejaros guiar; satisfaced mis deseos y no temáis; os respondo de todo y cargo con el pecado. (Elmira vuelve a toser). Toséis mucho, señora.

Elmira.—Sí, mucho. ¡Es mi cruz!

Tartufo.—¿Queréis, para aliviaros, un poco de regaliz?

Elmira.—Es un catarro mal curado, sin duda; y bien que no servirán de nada todos los regalices del mundo.

Tartufo.—Es realmente molesto.

Elmira.—Sí, más de lo que puede suponerse.

Tartufo.—En suma, vuestro escrúpulo es fácil de deshacer. Podéis estar segura del secreto absoluto: el mal no está, señora, más que en su excesivo ruido. El escándalo social es el que origina la ofensa; pecar en silencio no es pecar.

Elmira.—En fin: veo que es forzoso resignarse a ceder; que debo consentir en concedérselo.

MOLIÈRE

Tartufo, Edaf

Aih, Jesús, dónde te has ido

Aih, Jesús, dónde te has ido

que un instante no puedo,

verme sin tigo;

aih, Jesús de mi alma,

dónde te has ido,

que parece no vienes

y te has perdido.

Aih, Jesús, qué diré yo,

si os vais con otras,

¿qué haré yo?

Clamaré, lloraré

hasta ver a Dios,

y si no, y si no,

morir de amor.

Y ya lo digo,

pues estoy tan sola

que no has venido.

Y si estás con otra,

yo ya lo he visto:

a Marta y María

las has querido.

Ahí, Jesús, dónde te

hallaré yo,

pues tan tonta me tiene

cuando te tengo;

a Dios, a Dios amor,

a Dios Señor,

a Dios corazón,

no más, no más, no más.

CHIKABA

TEXTOS TEMA 6. Literatura en el siglo XVIII

Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana

PREÁMBULO

Las madres, hijas, hermanas, representantes de la nación piden que se las constituya en asamblea nacional. Por considerar que la ignorancia, el olvido o el desprecio de los derechos de la mujer son las únicas causas de los males públicos y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer en una declaración solemne, los derechos naturales, inalienables y sagrados de la mujer a fin de que esta declaración, constantemente presente para todos los miembros del cuerpo social les recuerde sin cesar sus derechos y sus deberes, a fin de que los actos del poder de las mujeres y los del poder de los hombres puedan ser, en todo instante, comparados con el objetivo de toda institución política y sean más respetados por ella, a fin de que las reclamaciones de las ciudadanas, fundadas a partir de ahora en principios simples e indiscutibles, se dirijan siempre al mantenimiento de la constitución, de las buenas costumbres y de la felicidad de todos.

En consecuencia, el sexo superior tanto en belleza como en coraje, en los sufrimientos maternos, reconoce y declara, en presencia y bajo los auspicios del Ser supremo, los Derechos siguientes de la Mujer y de la Ciudadana.

PRIMER ARTÍCULO

La mujer nace libre y permanece igual al hombre en derechos. Las distinciones sociales sólo pueden estar fundadas en la utilidad.

SEGUNDO ARTÍCULO

El objetivo de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles de la Mujer y del Hombre; estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y, sobre todo, la resistencia a la opresión.

[...]

ARTÍCULO DECIMOSÉPTIMO

Las propiedades pertenecen a todos los sexos reunidos o separados; son, para cada uno, un derecho inviolable y sagrado; nadie puede ser privado de ella como verdadero patrimonio de la naturaleza a no ser que la necesidad pública, legalmente constatada, lo exija de manera evidente y bajo la condición de una justa y previa indemnización.

EPÍLOGO

¡Mujer, despierta!; el arrebató de la razón se hace oír en todo el universo; reconoce tus derechos. El potente imperio de la naturaleza ha dejado de estar rodeado de prejuicios, fanatismo, superstición y mentiras. La antorcha de la verdad ha disipado todas las nubes de la necedad y la usurpación. El hombre esclavo ha redoblado sus fuerzas y ha necesitado apelar a las tuyas para romper sus cadenas. Pero una vez en libertad, ha sido injusto con su compañera. ¡Oh, mujeres!, ¡mujeres!, ¿cuándo dejaréis de estar ciegas?, ¿qué ventajas habéis obtenido de la revolución?: un desprecio más marcado, un desdén más visible. [...] Cualesquiera sean los obstáculos que os opongan, podéis superarlos; os basta con desearlo.”

OLYMPE DE GOUGES

Déclaration des droits de la femme et de la citoyenne

Elogio de la razón

En el siglo XVI, Erasmo hizo el *Elogio de la locura*. Vosotros me ordenáis que os haga el elogio de la Razón. Vemos que esta Razón, efectivamente, no es elogiada hasta doscientos años después que su enemiga; y hay naciones en las cuales todavía se la desconoce.

En el tiempo de nuestros druidas, la Razón era tan desconocida en nuestra tierra que ni siquiera tenía nombre en nuestra lengua. César no la introdujo ni en Suiza, ni en París, que por aquel entonces no era más que una aldea de pescadores, y él mismo apenas la conoció. Aquel magnánimo insensato salió de nuestro país devastado para ir a devastar el suyo y para hacerse asestar veintitrés puñaladas por otros veintitrés ilustres furibundos que no le llegaban ni a la suela del zapato.

El franco Clodoveo llegó alrededor de quinientos años después para exterminar una parte de nuestra nación y sojuzgar a la otra. No se oía hablar de Razón ni en su ejército, ni en nuestros desdichados villorrios, a no ser de la razón del más fuerte. Durante largos años malvivimos en esta degradante barbarie. Las Cruzadas no nos sacaron de ella. Fueron a un tiempo la locura más universal, la más atroz, la más ridícula y la más infortunada. La Razón se ocultaba en un pozo, junto con la Verdad, su hija. Nadie sabía dónde estaba este pozo; y en caso de saberlo hubieran bajado a él para degollar a la hija y a la madre.

Una vez los turcos hubieron tomado Constantinopla y redoblado las espantosas desgracias de Europa, dos o tres griegos en su huida cayeron en este pozo, o más bien en esta caverna, medio muertos de cansancio, de hambre y de miedo. La Razón los acogió humanitariamente. Recibieron de ella un pequeño número de instrucciones, porque la Razón no es prolija². Les hizo jurar que no revelarían el lugar de su escondrijo. Partieron, y después de mucho andar llegaron a las cortes de Carlos V y de Francisco I. Incluso fueron recibidos por el emperador y por el rey de Francia, quienes les dedicaron una ojeada al pasar mientras se dirigían en busca de sus amantes. Pero su esfuerzo fructificó en las pequeñas ciudades, donde encontraron a buenos burgueses que aún conservaban, no sé cómo, algún vislumbre de sentido común.

Estos débiles fulgores se extinguieron sin duda en Europa entre las guerras que la asolaron. Dos o tres chispas de razón no podían iluminar al mundo en medio de las antorchas ardientes y de las hogueras que el fanatismo encendió durante tantos años. La Razón y su hija se ocultaron más que nunca. No obstante, algunas semillas de los frutos que siempre llevan consigo, y que habían esparcido, germinaron en la tierra, e incluso sin pudrirse.

—Hija mía —decía la Razón a la Verdad—, creo que nuestro reinado podría empezar a ser efectivo después de nuestra larga prisión. Ya veis que todo llega tarde; había que pasar por las tinieblas de la ignorancia y de la mentira antes de volver a vuestro palacio de luz, del que se os ha mantenido alejada juntamente conmigo durante tantos siglos. Nos ocurrirá lo que le ha ocurrido a la Naturaleza: que ha estado cubierta por un maligno velo y completamente desfigurada durante incontables siglos. Por fin llegaron un Galileo, un Copérnico, un Newton, que la mostraron casi desnuda, haciendo que los hombres se enamoraran de ella. Ahora veo que desde hace diez o doce años en Europa se dedican a las artes y las virtudes necesarias, que suavizan la amargura de la vida. Vos, que nunca habéis podido mentir, decidme qué época hubierais preferido a esta para echar raíces en Francia. Gocemos, pues, de tan buenos tiempos; quedémonos aquí, si duran; y si se repiten las tempestades, volvamos a nuestro pozo.

VOLTAIRE

Novelas y cuentos, Planeta

Robinson Crusoe

La situación en la que me encontraba era realmente sombría. Había llegado a esta isla después de que nuestro barco fuese desviado de su rumbo por una fuerte tormenta, alejándonos así cientos de leguas de las vías transitadas habitualmente por los marineros. Además, tenía motivos para considerar este suceso como un designio del cielo, por lo que pensaba que acabaría mis días en este lugar desierto, sin compañía. Mientras hacía estas reflexiones, las lágrimas corrían por mis mejillas. [...]

No obstante, no tardaba en descartar tales pensamientos y en reprenderme a mí mismo. En concreto, mientras caminaba un día por la orilla del mar, llevando el rifle a cuestas y meditando sobre la situación en la que me encontraba, la razón me reconvino del siguiente modo: «Bien, te hallas en un estado de desolación, es cierto. Pero acuérdate de dónde está el resto de tus compañeros. ¿Acaso no había once personas en el bote? ¿Dónde están los otros diez? ¿Por qué no se salvaron ellos? ¿Por qué fuiste escogido? ¿Es mejor estar allí o aquí?», me preguntaba a mí mismo, a la vez que señalaba el mar. Y es que todos los males deben ser evaluados en función del bien que esconden, teniendo en cuenta que siempre puede haber algo peor.

Entonces caí en la cuenta de que disponía de todo lo que necesitaba para subsistir. ¿Cuál habría sido mi destino, pensé, si el barco no hubiese salido a flote, moviéndose hasta la orilla desde el lugar donde estaba varado, [...] algo que me permitió hacerme con las cosas que estaban a bordo? ¿En qué situación me encontraría si hubiese tenido que vivir con lo que tenía cuando llegué a la isla, sin las cosas imprescindibles para subsistir y sin los medios para procurarse esas cosas? [...] Contaba con todas estas cosas en cantidad suficiente y tenía la oportunidad de hacer los preparativos necesarios para sobrevivir sin el rifle cuando se acabase la munición. Había, por tanto, perspectivas razonables de que pudiese cubrir mis necesidades durante todo el tiempo que me restase de vida.

Daniel DEFOE
Robinson Crusoe

A Madame de Grignan

París, lunes, 21 de febrero de 1689

Es verdad, mi querida hija, que estamos muy cruelmente separadas una de otra: acofa trembla [algo que me hace temblar]. [...]

El otro día hice yo la corte en Saint-Cyr, con mayor deleite del que había imaginado. Fuimos el abad, madame de Coulanges, madame de Bagnols, el abad Têtu y yo. Vimos que nos habían guardado el sitio. Un oficial le dijo a madame de Coulanges que madame de Maintenon había mandado guardar un asiento junto al suyo: ya veis qué honor. «En cuanto a vos, madame –me dijo– podéis elegir.» Me puse con madame de Bagnols en el segundo banco detrás de las duquesas. El mariscal De Bellfonds vino a sentarse, por voluntad propia, a mi derecha, y delante estaban las señoras De Auvergne, De Coislin, De Sully. El mariscal y yo escuchamos esa tragedia con una atención que no pasó desapercibida, y murmurando, en los momentos oportunos, ciertos elogios, que quizá no habrían podido salir de debajo de los peinados llenos de lazos de todas aquellas damas. No puedo deciros hasta qué punto es deliciosa esa obra. [...]

El rey se acercó adonde estábamos y, volviéndose hacia mí, me dijo: «Madame, estoy seguro de que habéis quedado contenta». Yo, sin asombrarme respondí: «Su Alteza, me ha encantado; lo que siento está más allá de las palabras». El rey me dijo: «Racine tiene mucho talento». Yo le contesté: «Su Alteza, tiene mucho; pero en verdad lo mismo puede decirse de esas jovencitas: se meten en la piel de sus personajes como si nunca hubieran hecho otra cosa». Él me dijo: «Ah, eso, desde luego, es verdad». Y después Su Majestad se fue y me dejó a merced de la envidia; puesto que prácticamente yo era la única recién llegada, no le desagradó ver mi sincera admiración, sin ruido ni aspavientos. El príncipe y la princesa vinieron a decirme algunas palabras. Madame de Maintenon pasó como un relámpago: se iba con el rey. [...]

Llegan buenas noticias desde Inglaterra: no sólo el príncipe de Orange no ha sido elegido ni rey ni protector, sino que se le ha dado a entender que él y sus tropas no tienen más que volver por donde vinieron, lo cual nos ahorrará muchos quebraderos de cabeza. Si las cosas siguen así, nuestra Bretaña estará menos agitada, y mi hijo se evitará el disgusto de tener que acaudillar la nobleza del vizcondado de Rennes y de la baronía de Vitré: lo han elegido contra su voluntad para encabezarlos. Otro estaría encantado de semejante honor; para él, en cambio, ha sido una contrariedad, pues no le gusta esa manera de hacer la guerra. [...]

Adiós, queridísima hija. De cuantos están al mando de las provincias, estad segura de que monsieur de Grignan es quien está mejor situado.

Madame de SÉVIGNÉ
A Madame de Grignan

TEXTOS TEMA 7. Romanticismo

Fausto

MEFISTÓFELES. —Si te parece bien, seré tu servidor, tu criado. FAUSTO. —¿Y qué habré de cumplir yo a cambio?

MEFISTÓFELES. —Tienes todavía un plazo largo para ello.

FAUSTO. —No, no. El diablo es egoísta y no hace nada que le sea útil a otro por amor de Dios. Expón claramente cuáles son tus condiciones; un criado así pone la casa en peligro.

MEFISTÓFELES. —Quiero ponerme a tu servicio aquí. Cuando des la señal, ni me detendré ni descansaré, pero cuando volvamos a encontrarnos allí, tú deberás hacer lo mismo conmigo. [...]

FAUSTO. —¿Qué podrás darme tú, pobre diablo? ¿Alguno de los tuyos ha llegado a comprender alguna vez las altas aspiraciones del espíritu humano? ¿Qué es lo que ofreces? ¿Alimento que no sacia; oro candente que, como el mercurio, se escapa de las manos sin descanso; un juego en el que nunca se gana; una muchacha que, abrazada a mi pecho, ya guiña el ojo y se entiende con el más cercano; el espléndido y divino placer del honor, que se desvanece como un meteoro? Muéstrame frutos que no se pudran antes de nacer y árboles que verdeen de nuevo cada día.

MEFISTÓFELES. —No me asusta semejante encargo; puedo, muy bien, brindarte esos tesoros. Pero, buen amigo, se acerca el tiempo en el que podremos disfrutar en plena paz de algo bueno.

FAUSTO. —Si llega el día en que pueda tumbarme ociosamente, con toda tranquilidad, me dará igual lo que sea de mí; si entonces logras engañarme con lisonjas haciendo que me agrade a mí mismo, será para mí mi último día. En eso consistirá mi apuesta.

MEFISTÓFELES. —¡Lo acepto!

FAUSTO. —¡Choquemos esos cinco! Si alguna vez digo ante un instante: «¡Detente, eres tan bello!», puedes atarme con cadenas y con gusto me hundiré. Entonces podrán sonar las campanas a difuntos, que seré libre para servirte. El reloj se habrá parado, las agujas habrán caído y el tiempo habrá terminado para mí.

Johann Wolfgang von GOETHE

Fausto (1808)

Orgullo y prejuicio

Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa.

Sin embargo, poco se sabe de los sentimientos u opiniones de un hombre de tales condiciones cuando entra a formar parte de un vecindario. Esta verdad está tan arraigada en las mentes de algunas de las familias que lo rodean, que algunas le consideran de su legítima propiedad y otras de la de sus hijas.

—Mi querido señor Bennet —le dijo un día su esposa—, ¿sabías que, por fin, se ha alquilado Netherfield Park?

El señor Bennet respondió que no.

—Pues así es —insistió ella—; la señora Long ha estado aquí hace un momento y me lo ha contado todo.

El señor Bennet no hizo ademán de contestar.

—¿No quieres saber quién lo ha alquilado? —se impacientó su esposa. — Eres tú la que quieres contármelo, y yo no tengo inconveniente en oírlo. Esta sugerencia le fue suficiente.

—Pues sabrás, querido, que la señora Long dice que Netherfield ha sido alquilado por un joven muy rico del norte de Inglaterra; que vino el lunes en un landó de cuatro caballos para ver el lugar; y que se quedó tan encantado con él que inmediatamente llegó a un acuerdo con el señor Morris; que antes de San Miguel vendrá a ocuparlo; y que algunos de sus criados estarán en la casa a finales de la semana que viene.

—¿Cómo se llama? —Bingley.

—¿Está casado o soltero?

—¡Oh!, soltero, querido, por supuesto. Un hombre soltero y de gran fortuna; cuatro o cinco mil libras al año. ¡Qué buen partido para nuestras hijas!

—¿Y qué? ¿En qué puede afectarles?

—Mi querido señor Bennet —contestó su esposa—, ¿cómo puedes ser tan ingenuo? Debes saber que estoy pensando en casarlo con una de ellas.

—¿Es ese el motivo que le ha traído?

—¡Motivo! Tonterías, ¿cómo puedes decir eso? Es muy posible que se enamore de una de ellas, y por eso debes ir a visitarlo tan pronto como llegue.

—No veo la razón para ello. Puedes ir tú con las muchachas o mandarlas a ellas solas, que tal vez sea mejor; como tú eres tan guapa como cualquiera de ellas, a lo mejor el señor Bingley te prefiere a ti.

Jean AUSTEN

Orgullo y prejuicio (1813)

Why did I laugh tonight?

Why did I laugh tonight? No voice will tell:
No God, no Demon of severe response,
Deigns to reply from heaven or from Hell.
Then to my human heart I turn at once.

Heart! Thou and I are here sad and alone;
I say, why did I laugh! O mortal pain!
O Darkness! Darkness! ever must I moan,
To question Heaven and Hell and Heart in vain.

Why did I laugh? I know this Being's lease,
My fancy to its utmost blisses spreads;
Yet would I on this very midnight cease,

And the world's gaudy ensigns see in shreds;
Verse, Fame, and Beauty are intense indeed,
But Death intenser - Death is Life's high meed.

Traducción

¿Por qué reía anoche? Nadie hablaba,
Ni un genio o Dios una palabra seria
dan, ni Hades o cielo me responden,
me dirijo a mi corazón humano.

¡Corazón! Triste soledad ya somos:
¡Di! Por qué me reí, oh Mortal el daño,
Oscuridad! Quejarme yo hoy ya debo
Al Hades, cielo y alma tan inútil.

¿Por qué reía? Ser que así me alienta,
El deseo su dicha nos difunde,
Aunque pueda morir en esta noche

Contemplando yo en la mortaja bella,
La gracia y versos en su intensa gloria,
Aún más la muerte que cobró su vida.

John KEATS

Why did I laugh tonight? (1819)

El cuervo

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones, sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones inclinaba soñoliento la cabeza, de repente a mi puerta oí llamar: como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta mano tímida a tocar: «Es—me dije—una visita que llamando está a mi puerta: ¡eso es todo y nada más!»

¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes del hielo, y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo. Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura procurando en vano hallar tregua a la honda desventura de la muerte de Leonora, la radiante, la sin par virgen pura a quien Leonora los querubos llaman, hora ya sin nombre... ¡Nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras, de tal modo que el latido de mi pecho palpitante procurando dominar, «es, sin duda, un visitante—repetía con instancia— que a mi alcoba quiere entrar: un tardío visitante a las puertas de mi estancia... eso es todo, ¡y nada más!»

Paso a paso, fuerza y bríos fue mi espíritu cobrando: «Caballero—dije—o dama: mil perdones os demando; mas, el caso es que dormía, y con tanta gentileza me vinisteis a llamar, y con tal delicadeza y tan tímida constancia os pusisteis a tocar, que no oí»—dije—y las puertas abrí al punto de mi estancia; ¡sombras sólo y... nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños, quedé allí, cual antes nadie los soñó, forjando sueños; más profundo era el silencio, y la calma no acusaba ruido alguno... Resonar sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella hora yo me puse a murmurar, y que el eco repetía como un soplo: ¡Leonora...! esto apenas, ¡nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia, pronto oí llamar de nuevo, —esta vez con más violencia, «De seguro—dije—es algo que se posa en mi persiana; pues, veamos de encontrar la razón abierta y llana de este caso raro y serio, y el enigma averiguar. ¡Corazón! Calma un instante, y aclaremos el misterio... —Es el viento— ¡y nada más!»

La ventana abrí—y con rítmico aleteo y garbo extraño entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño. Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto, con aspecto señorial, fue a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta de mi puerta el cabezal; sobre el busto que de Palas la figura representa, fue y posose—¡y nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza con su grave, torva y seria, decorosa gentileza; y le dije: «Aunque la cresta calva llevas, de seguro no eres cuervo nocturnal, viejo, infausto cuervo oscuro, vagabundo en la tiniebla... Dime: —«¿Cuál tu nombre, cuál en el reino plutoniano de la noche y de la niebla?»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!» Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho, si bien su árida respuesta no expresaba poco o mucho; pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura que lograra contemplar ave alguna en la moldura de su puerta encaramada, ave o bruto reposar sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada, con tal nombre: «¡Nunca más!».

Mas el cuervo, fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella, sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella vinculada—ni una pluma sacudía, ni un acento se le oía pronunciar... Dije entonces al momento: «Ya otros antes se han marchado, y la aurora al despuntar, él también se irá volando cual mis sueños han volado.» Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido, «no hay ya duda alguna—dije—lo que dice es aprendido; aprendido de algún amo desdichado a quien la suerte persiguiera sin cesar, persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo, sus canciones terminar y el clamor de su esperanza con el triste ritornelo de jamás, ¡y nunca más!»

Mas el cuervo provocando mi alma triste a la sonrisa, mi sillón rodé hasta el frente al ave, al busto, a la cornisa; luego, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía dime entonces a juntar, por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso de un pasado inmemorial, aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odioso al graznar: «¡Nunca jamás!»

Quedé aquesto investigando frente al cuervo, en honda calma, cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma. Esto y más—sobre cojines reclinado—con anhelo me empeñaba en descifrar, sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella luminosa mi fanal— terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá ella a oprimir—¡Ah! ¡Nunca más!

Pareciome el aire, entonces, por incógnito incensario que un querube columpiase de mi alcoba en el santuario, perfumado—«Miserable ser—me dije—Dios te ha oído, y por medio angelical, tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora te ha venido hoy a brindar: ¡bebe! bebe ese nepente, y así todo olvida ahora. Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Eh, profeta—dije—o duende, mas profeta al fin, ya seas ave o diablo—ya te envíe la tormenta, ya te veas por los ábregos barrido a esta playa, desolado pero intrépido a este hogar por los males devastado, dime, dime, te lo imploro: ¿Llegaré jamas a hallar algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro?» Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«¡Oh, Profeta—dije—o diablo—Por ese ancho combo velo de zafir que nos cobija, por el mismo Dios del Cielo a quien ambos adoramos, dile a esta alma adolorida, presa infausta del pesar, sí jamás en otra vida la doncella arrobadora a mi seno he de estrechar, la alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora!» Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Esa voz, oh cuervo, sea la señal de la partida. grité alzándome: —¡Retorna, vuelve a tu horrible guarida, la plutónica ribera de la noche y de la bruma!... de tu horrenda falsedad en memoria, ni una pluma dejes, negra, ¡El busto deja!

¡Deja en paz mi soledad! ¡Quita el pico de mi pecho! De mi umbral tu forma aleja...» Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Y aún el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura, sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura... y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo, las visiones ve del mal; y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca su ancha sombra funeral, y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... ¡nunca se alzaré... nunca jamás!

FIN

Edgar Allan POE

Cuento publicado en *New York Evening Mirror* (1845)

TEXTOS TEMA 8. Realismo y Naturalismo

Oliver Twist

Un espeso vaho se levantaba perpetuamente de los humeantes cuerpos del ganado y se mezclaba con la niebla, que parecía descansar sobre los extremos de las chimeneas, colgando pesadamente sobre ellas...Campesinos, carniceros, rebaños, mercaderes, muchachos, desocupados y vagabundos de baja estofa, se mezclaban en una masa densa. Los silbidos de los que llevaban los rebaños, el ladrido de los perros, los mugidos de los bueyes, el balido de los corderos, el gruñido y chirrido de los cerdos, las exclamaciones de los mercachifles, los gritos, interjecciones y peleas por todos los lados, el tañido de las campanas, un estruendo de voces que salían de las tabernas; la muchedumbre empujando, moviéndose y golpeando, insultando y chillando.

[...]

Tentadoras provisiones de todo cuanto puede estimular el hastiado apetito y dar nuevo realce al frecuentemente repetido festín; vasijas de bruñido oro y plata, forjados en las más exquisitas formas de vasos, platos y gobeletes; escopetas, espadas, pistolas y otros instrumentos de muerte, hierros para los encorbados, pañales para los recién nacidos, pócimas para los enfermos, cajas para los muertos, cementerios para los enterrados, todas esas cosas se mezclaban una con otra y al congregarse parecían deslizarse rápidamente en una abigarrada danza.

Charles DICKENS

Oliver Twist

Anna Karénina

Alexéi Alexándrovich no había hallado nada de anormal en que su mujer y Vronski mantuvieran una animada conversación en una apartada mesita. Pero sabía que otras personas habían hecho comentarios al respecto y no lo consideraban natural. Y así, tal hecho empezó a parecerle también a él poco correcto, y se decidió a hablar de ello a su mujer.

Ya en su casa, Alexéi Alexándrovich pasó enseguida a su despacho. Se acomodó en su sillón, tomó un libro sobre el papado y se abstraigo en su lectura. Estuvo leyendo hasta la una de la noche, sin aparente cansancio. Sin embargo, de cuando en cuando, se pasaba la mano por la frente y sacudía la cabeza, como si quisiera alejar un pensamiento importuno.

Se encontraba, por primera vez, frente a la vida, con su cruda realidad, ante la posibilidad de que su mujer pudiese amar a otro, y si esta situación le parecía absurda e incomprensible, era porque se había mantenido siempre en el estrecho ámbito de sus obligaciones profesionales y no había tenido que afrontar los problemas de la existencia, cuya realidad percibía sólo a través del prisma deformador de su particular ambiente. Y cada vez que se encontraba con la vida real, se apartaba de ella. La impresión que experimentaba ahora era la de un hombre que, pasando tranquilamente por un puente sobre un precipicio, observa de pronto que el puente está a punto de hundirse y el abismo se abre bajo sus pies. Ese abismo era la vida misma, y el puente la existencia artificial que le había llevado hasta entonces. Percibía por primera vez una espantosa posibilidad. La idea de que su mujer pudiera amar a otro le horrorizaba.

Allí, mientras miraba la mesa guarnecida de malaquita, en la que había una nota a medio escribir, sus pensamientos cambiaron de repente. Pensó en Anna y se preguntó qué podía ella sentir y pensar en su interior. Por primera vez, consideró que su mujer debía de tener una vida propia, con sus particulares sentimientos y sus íntimas necesidades, y esa idea le pareció tan horrorosa, que se apresuró a alejarla de sí.

León TOLSTÓI

Anna Karénina

El despertar

Un loro de color verde y amarillo, colgado en una jaula fuera de la puerta, repetía una y otra vez:

Allez vous. Allez vous. Sapristi. That's all right. Podía hablar un poco de español y también un lenguaje que nadie entendía, a menos que fuera un pájaro burlón que silbaba su aflautada nota con la persistencia exasperante de la brisa. El señor Pontellier, incapaz de leer su periódico con el mínimo grado de confort, se levantó con expresión airada.

Caminó por la galería a uno y otro lado del estrecho puente que conectaba los apartamentos Lebrun. El loro era propiedad de Madame Lebrun y tenía el derecho de hacer todo el ruido que quisiera. El señor Pontellier tenía el privilegio de romper con aquella sociedad cuando dejara de ser entretenido.

Se detuvo ante la puerta de su propio apartamento, que era el cuarto del edificio principal. Se sentó en una mecedora de mimbre y una vez más se dedicó a la tarea de leer el periódico. Era domingo; el periódico tenía un retraso de un día. Los periódicos del domingo no habían llegado aún a Grand Isle. Conocía ya de antemano los informes de mercado, y miró nerviosamente los editoriales y esbozos de noticias que no había tenido tiempo de leer antes de salir de Nueva Orleans el día anterior. El señor Pontellier llevaba gafas. Tenía unos cuarenta años, de mediana estatura y más bien esbelto. Tenía el pelo castaño, separado a un lado. Su barba estaba cuidadosamente recortada.

De vez en cuando retiraba la mirada del periódico. Había más ruido que nunca en la casa. El principal edificio se llama la casa para distinguirlo del resto de apartamentos. Los pájaros parlanchines aún silbaban. Dos chicas jóvenes, las gemelas Farival, tocaban un dueto en el piano. Madame Lebrun estaba muy solicitada y salía dando órdenes en voz alta al chico del patio cuando llegaba a la casa, y al servicio de comedor cuando se iba. Era una mujer dulce, bonita, siempre vestida de blanco, llevaba faldas almidonas un poco arrugadas. Más abajo, ante uno de los apartamentos, una dama de negro se paseaba arriba y abajo con recato, rezando su rosario. Un buen número de inquilinos había caminado hasta Beaufort para oír misa. Algunos jóvenes jugaban al croquet. Dos hijos del señor Pontellier estaban allí-unos niños de cuatro y cinco años- y la enfermera los seguía con aire lejano, meditativo.

Kate CHOPIN
El despertar

Germinal

Con este motivo redobló su alegría, produciendo sus voces y sus ademanes un rechinar de polea mal engrasada que acabó por generar en un terrible acceso de tos. Ahora el cestón de fuego alumbraba de lleno su grande cabeza de escasos cabellos blancos y cara chata, de una lívida palidez y picada de manchas azuladas. Era bastante pequeño y tenía un cuello enorme, y era exageradamente zambo, pero con unos brazos muy largos y unas manos que le llegaban hasta las rodillas. Por lo demás, al igual que su caballo que permanecía inmóvil sobre sus patas, sin que al parecer le molestase el viento, también él parecía de piedra: no tenía aspecto de resentirse del frío ni de las borrascosas ráfagas que le silbaban metiéndosele en las orejas. Cuando tosió y volvió a toser, escupió al pie del cestón y dejó una mancha negra en el suelo. Etienne le miraba y contaba los escupitajos.

- ¿Hace ya tiempo-preguntó- que trabaja en la mina?

Bonnemort abrió los brazos de par en par.

- Mucho tiempo, ya lo creo. Cuente que no tenía ocho años cuando bajé por primera vez en el Voreux precisamente, y tengo ya cincuenta y ocho. Y siga usted contando. Ahí dentro hice de todo, empezando como niño minero, y cuando ya tuve fuerzas para empujar, haciendo de empuja vagonetas, y más adelante de minero especializado en el rebajamiento de capas, y durante dieciocho años.

Después, a causa de mis malditas piernas, me pusieron a terraplenar, hasta que no tuvieron más remedio que sacarme del fondo porque el médico dijo que acabaría quedándome allí. Entonces, de eso hace cinco años, me hicieron acarreador... ¿Qué le parece? Pintoresco, ¿no?, ¡cincuenta años de mina, con cuarenta y cinco allá abajo!

Émile ZOLA

Germinal, Alianza

TEXTOS TEMA 9. Poesía desde finales del siglo XX

He was weak, and I was strong

*He was weak, and I was strong
So He let me lead him in
I was weak, and He was strong then
So I let him lead me Home.*

*'Twasn't far, the door was near,
'Twasn't dark, for He went too,
'Twasn't loud, for He said nought,
That was all I cared to know.*

*Day knocked, and we must part,
Neither was strongest now,
He strove and I strove too,
We didn't do it tho'!*

Traducción: Él era débil y yo era fuerte

Él era débil y yo era fuerte,
después él dejó que yo le hiciera pasar
y entonces yo era débil y él era fuerte,
y dejé que él me guiara a casa.

No era lejos, la puerta estaba cerca,
tampoco estaba oscuro, él avanzaba a mi lado,
no había ruido, él no dijo nada,
y eso era lo que yo más deseaba saber.

El día irrumpió, tuvimos que separarnos,
ahora ninguno de los dos era más fuerte,
él luchó, yo también luché,
¡pero no lo hicimos a pesar de todo!

Emily DICKINSON

He was weak and I was strong (1862)

Una hoja de hierba

Creo que una hoja de hierba, no es menos
que el día de trabajo de las estrellas,
y que una hormiga es perfecta,
y un grano de arena,
y el huevo del régulo,
son igualmente perfectos,
y que la rana es una obra maestra,
digna de los señalados,
y que la zarzamora podría adornar,
los salones del paraíso,
y que la articulación más pequeña de mi mano,
avergüenza a las máquinas,
y que la vaca que pasta, con su cabeza gacha,
supera todas las estatuas,
y que un ratón es milagro suficiente,
como para hacer dudar,
a seis trillones de infieles.

Descubro que en mí,
se incorporaron, el gneiss y el carbón,
el musgo de largos filamentos, frutas, granos y raíces.
Que estoy estucado totalmente
con los cuadrúpedos y los pájaros,
que hubo motivos para lo que he dejado allá lejos
y que puedo hacerlo volver atrás,
y hacia mí, cuando quiera.
Es vano acelerar la vergüenza,
es vano que las plutónicas rocas,
me envíen su calor al acercarme,
es vano que el mastodonte se retrase,
y se oculte detrás del polvo de sus huesos,
es vano que se alejen los objetos muchas leguas
y asuman formas multitudinales,
es vano que el océano esculpa calaveras
y se oculten en ellas los monstruos marinos,
es vano que el aguilucho
use de morada el cielo,
es vano que la serpiente se deslice
entre lianas y troncos,
es vano que el reno huya
refugiándose en lo recóndito del bosque,
es vano que las morsas se dirijan al norte
al Labrador.
Yo les sigo velozmente, yo asciendo hasta el nido
en la fisura del peñasco.

Walt WHITMAN
Una hoja de hierba (1855)

Espejo

Soy plateado y exacto. No tengo prejuicios.
Todo lo que veo lo trago de inmediato
tal como es, sin que me empañen ni el amor ni el disgusto.
No soy cruel, soy sincero,
el ojo de un pequeño dios de cuatro ángulos.
La mayor parte del tiempo la paso meditando sobre la pared de enfrente.
Es rosada, con manchas. Tanto la miré que
me parece que ya forma parte de mi corazón. Aunque con intermitencias.
Las caras y la oscuridad nos separan una y otra vez.

Ahora soy un lago. Una mujer se inclina sobre mi,
buscando en mi extensión su verdadero ser.
Después se vuelve hacia esas mentirosas, las velas o la luna.
Veo su espalda y la reflejo fielmente.
Ella me recompensa con lágrimas y agitando las manos.
Soy importante para ella. Ella viene y va.
Es su cara, cada mañana, la que reemplaza la oscuridad.
En mi, ella ahogó a una muchacha, y en mí, una vieja
se alza hacia ella día tras día, como un pez terrible.

Sylvia PLATH

Espejo (1961). Traducción de Jesús Pardo

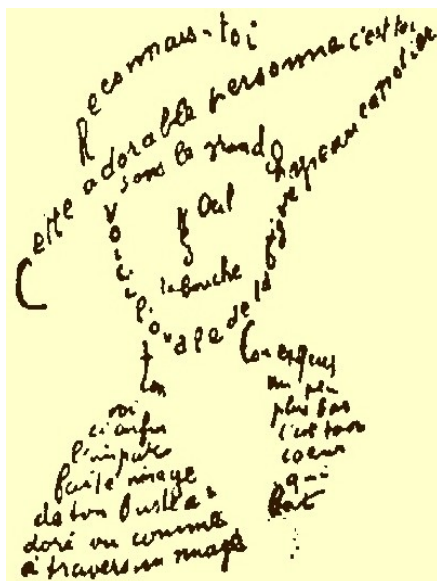
Los hombres huecos

Somos los hombres huecos
Los hombres rellenos de aserrín
Que se apoyan unos contra otros
Con cabezas embutidas de paja. ¡Sea!
Ásperas nuestras voces, cuando
Susurramos juntos
Quedas, sin sentido
Como viento sobre hierba seca
O el trotar de ratas sobre vidrios rotos
En los sótanos secos
Contornos sin forma, sombras sin color,
Paralizada fuerza, ademán inmóvil;
Aquellos que han cruzado
Con los ojos fijos, al otro Reino de la muerte
Nos recuerdan -si acaso-
No como almas perdidas y violentas
Sino, tan sólo, como hombres huecos,
Hombres rellenos de aserrín.

T.S.ELIOT

TEXTOS TEMA 10. Vanguardias

Literatura cubista



Guillaume APOLLINAIRE, *Caligramas*

A Carafe, that is a Blind Glass

A kind in glass and a cousin, a spectacle and nothing strange a single hurt color and an arrangement in a system to pointing. All this and not ordinary, not unordered in not resembling. The difference is spreading.

Gertrude STEIN, *Tender Buttons*

Manifiesto surrealista

Indica muy mala fe discutirnos el derecho a emplear la palabra surrealismo, en el sentido particular que nosotros le damos, ya que nadie puede dudar de que esta palabra no tuvo fortuna antes de que nosotros nos sirviéramos de ella. Voy a definirla, de una vez para siempre.

Surrealismo. Sustantivo, masculino. Automatismo psíquico puro, por cuyo medio se intenta expresar, verbalmente, por escrito o de cualquier otro modo, el funcionamiento real del pensamiento. Es un dictado del pensamiento, sin la intervención reguladora de la razón, ajeno a toda preocupación estética o moral.

André BRETON

Manifiesto surrealista (1924)

Manifiesto dadá

Todo producto del asco susceptible de convertirse en una negación de la familia, es dadá; protesta con todas las fuerzas del ser en acción destructiva: DADÁ; conocimiento de todos los medios hasta ahora rechazados por el sexo púdico del compromiso cómodo y la cortesía: DADÁ; abolición de la lógica, danza de los impotentes de la creación: DADÁ; de toda jerarquía y ecuación social instalada para los valores por nuestros lacayos: DADÁ; cada objeto, todos los objetos, los sentimientos y las oscuridades, las apariciones y el choque preciso de las líneas paralelas, son medios para el combate: DADÁ; la abolición de la memoria: DADÁ; abolición de la arqueología: DADÁ; abolición de los profetas: Dadá; abolición del futuro: DADÁ; creencia absoluta indiscutible en cada dios producto inmediato de la espontaneidad: DADÁ; salto elegante y sin perjuicio de una armonía a la otra esfera; trayectoria de una palabra lanzada como un disco sonoro grito; respeto de todas las individualidades en la momentánea locura de cada uno de sus sentimientos, serios o temerosos, tímidos o ardientes, vigorosos, decididos, entusiastas; despojar la propia iglesia de todo accesorio inútil y pesado; escupir como una cascada luminosa el pensamiento descortés o amoroso, o bien, complaciéndose en ello, mirarlo con la misma identidad, lo que es lo mismo, en un matorral puro de insectos para una noble sangre, dorado por los cuerpos de los arcángeles y por su alma. Libertad: DADÁ DADÁ DADÁ, aullido de los dolores crispados, entrelazamiento de los contrarios y de todas las contradicciones, de los grotescos, de las inconsecuencias: LA VIDA.

Tristan TZARA

Manifiesto dadaísta (1918)

Poema dadaísta

Morfina

¡Esperamos una última aventura,
qué nos importa el sol en el cimborrio!
Días en torre alzados caen de su altura.
Intranquilas noches – orar en purgatorio.

Ya no leemos más la prensa del día.
A veces solo en los cojines sonreímos,
porque todo lo sabemos y destruimos,
volamos acá y allá en calentura fría.

Pueden los hombres correr y ambicionar.
Hoy cae la lluvia todavía más oscura.
Nosotros vamos por una vida insegura
y dormimos, confundidos, sin despertar.

Emmy HENNINGS

Morfina (1916)

TEXTOS TEMA 11. Literatura hispanoamericana

Rayuela

Apenas él le amalaba el noema, a ella se le agolpaba el clémiso y caían en hidromurias, en salvajes ambonios, en sustalos exasperantes. Cada vez que él procuraba relamar las incopelusas, se enredaba en un grimado quejumbroso y tenía que envulsionarse de cara al nóvalo, sintiendo cómo poco a poco las arnillas se espejunaban, se iban apeltronando, reduplimiendo, hasta quedar tendido como el trimalciato de ergomanina al que se le han dejado caer unas fílulas de cariaconcia. Y sin embargo era apenas el principio, porque en un momento dado ella se tordulaba los hurgalios, consintiendo en que él aproximara suavemente sus orfelunios. Apenas se entreplumaban, algo como un ulucordio los encrestoriaba, los extrayuxtaba y paramovía, de pronto era el clinón, la esterfurosa convulcante de las mátricas, la jadehollante embocapluvia del orgumio, los esproemios del merpasmo en una sobrehumítica agopausa. ¡Evohé! ¡Evohé! Volposados en la cresta del murelio, se sentían balpamar, perlinos y márulos. Temblaba el troc, se vencían las marioplumas, y todo se resolviraba en un profundo pínice, en niolamas de argutendidas gasas, en carinias casi crueles que los ordopenaban hasta el límite de las gunfias.

Julio CORTÁZAR

Rayuela. Capítulo 68 (1963)

Sonetos de la muerte (I)

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

Gabriela MISTRAL

Sonetos de la muerte (1914)

El huésped

Nunca olvidaré el día en que vino a vivir con nosotros. Mi marido lo trajo al regreso de un viaje. Llevábamos entonces cerca de tres años de matrimonio, teníamos dos niños y yo no era feliz [...]. Vivíamos en un pueblo pequeño, incomunicado y distante de la ciudad. Un pueblo casi muerto o a punto de desaparecer.

No pude reprimir un grito de horror, cuando lo vi por primera vez. Era lúgubre, siniestro. Con grandes ojos amarillentos, casi redondos y sin parpadeo, que parecían penetrar a través de las cosas y de las personas.

Mi vida desdichada se convirtió en un infierno. La misma noche de su llegada supliqué a mi marido que no me condenara a la tortura de su compañía. No podía resistirlo; me inspiraba desconfianza y horror. “Es completamente inofensivo” —dijo mi marido mirándome con marcada indiferencia—. “Te acostumbrarás a su compañía y, si no lo consigues...” No hubo manera de convencerlo de que se lo llevara. Se quedó en nuestra casa.

No fui la única en sufrir con su presencia. Todos los de la casa —mis niños, la mujer que me ayudaba en los quehaceres, su hijito— sentíamos pavor de él. Solo mi marido gozaba teniéndolo allí. Desde el primer día mi marido le asignó el cuarto de la esquina. Era esta una pieza grande, pero húmeda y oscura. Por esos inconvenientes yo nunca la ocupaba. Sin embargo, él pareció sentirse contento con la habitación. Como era bastante oscura, se acomodaba a sus necesidades. Dormía hasta el oscurecer y nunca supe a qué hora se acostaba.

Perdí la poca paz de que gozaba en la casona. Durante el día, todo marchaba con aparente normalidad [...]. Yo no podía dejar de mirar, de vez en cuando, hacia el cuarto de la esquina. Aunque pasaba todo el día durmiendo no podía confiarme. Hubo veces que, cuando estaba preparando la comida, veía de pronto su sombra proyectándose sobre la estufa de leña. Lo sentía detrás de mí... yo arrojaba al suelo lo que tenía en las manos y salía de la cocina corriendo y gritando como una loca. Él volvía nuevamente a su cuarto, como si nada hubiera pasado [...].

Cuando salía de su cuarto comenzaba la más terrible pesadilla que alguien pueda vivir. Se situaba siempre en un pequeño cenador, enfrente de la puerta de mi cuarto. Yo no salía más [...]. Guadalupe y yo nunca lo nombrábamos, nos parecía que al hacerlo cobraba realidad aquel ser tenebroso. Siempre decíamos: —allí está, ya salió, está durmiendo, él, él, él... [...]. Toda su alimentación se reducía a carne, no probaba nada más [...].

Como la puerta de mi cuarto quedaba siempre abierta, no me atrevía a acostarme, temiendo que en cualquier momento pudiera entrar y atacarnos (a ella y a sus hijos). Y no era posible cerrarla; mi marido llegaba siempre tarde y al no encontrarla abierta habría pensado... Y llegaba bien tarde. Que tenía mucho trabajo, dijo alguna vez. Pienso que otras cosas también lo entretenían...

Una noche estuve despierta hasta cerca de las dos de la mañana, oyéndolo afuera... Cuando desperté, lo vi junto a mi cama, mirándome con su mirada fija, penetrante...

Salté de la cama y le arrojé la lámpara de gasolina que dejaba encendida toda la noche [...]. La lámpara se estrelló en el piso de ladrillo y la gasolina se inflamó rápidamente. De no haber sido por Guadalupe que acudió a mis gritos, habría ardido toda la casa [...].

Vuelvo a sentirme enferma cuando recuerdo... Guadalupe había salido a la compra y dejó al pequeño Martín (su hijo) dormido en un cajón donde lo acostaba durante el día (...). Cuando llegué al cuarto lo encontré golpeando cruelmente al niño. Aún no sabría explicar cómo le quité al pequeño y cómo me lancé contra él con una tranca que encontré a la mano, y lo atacué con toda la furia contenida por tanto tiempo [...]. Cuando Guadalupe volvió del mandado, me encontró desmayada y a su pequeño lleno de golpes y de arañes que sangraban. El dolor y el coraje que sintió fueron terribles. Afortunadamente el niño no murió y se recuperó pronto [...].

Cuando conté lo que había pasado a mi marido, le exigí que se lo llevara, alegando que podía matar a nuestros niños como trató de hacerlo con el pequeño Martín. “Cada día estás más histérica, es realmente doloroso y deprimente contemplarte así... te he explicado mil veces que es un ser inofensivo.” [...].

—Solas, es verdad, pero con un odio... (Esto lo dice Guadalupe)

Sus ojos tenían un brillo extraño. Sentí miedo y alegría. La oportunidad llegó cuando menos la esperábamos. Mi marido partió para la ciudad a arreglar unos negocios. Tardaría en regresar, según me dijo, unos veinte días [...]. Guadalupe y su niño durmieron en mi cuarto y por primera vez pude cerrar la puerta [...].

Al día siguiente [...] Guadalupe cortó varias tablas, grandes y resistentes, mientras yo buscaba martillo y clavos. Cuando todo estuvo listo, llegamos sin hacer ruido hasta el cuarto de la esquina. Las hojas de la puerta estaban entornadas. Conteniendo la respiración, bajamos los pasadores, después cerramos la puerta con llave y comenzamos a clavar las tablas hasta clausurarla totalmente [...]. Cuando todo estuvo terminado, Guadalupe y yo nos abrazamos llorando.

Los días que siguieron fueron espantosos. Vivió muchos días sin aire, sin luz, sin alimento... Al principio golpeaba la puerta, tirándose contra ella, gritaba desesperado, arañaba... Ni Guadalupe ni yo podíamos comer ni dormir, ¡eran terribles los gritos...! A veces pensábamos que mi marido regresaría antes de que hubiera muerto. ¡Si lo encontrara así...! Su resistencia fue mucha, creo que vivió cerca de dos semanas...

Un día ya no se oyó ningún ruido. Ni un lamento... Sin embargo, esperamos dos días más, antes de abrir el cuarto. Cuando mi marido regresó, lo recibimos con la noticia de su muerte repentina y desconcertante.

Amparo DÁVILA
El huésped (1959)

El almohadón de plumas

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin dárlo a conocer [...].

La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado [...]. En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza (gripe) que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él [...].

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absoluto [...]. Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Se constató una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte [...].

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo [...]. Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos. Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo [...].

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha [...].

Alicia murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós¹. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

¹**Bandós:** peinado.

Horacio QUIROGA
El almohadón de plumas (1907)

TEXTOS TEMA 12. Narrativa y teatro siglo XX**Un soplo de vida**

Esto es una lamentación, es el grito de un ave de rapiña. Irisada e inquieta. Un beso en la cara muerta. Escribo como si fuese a salvar la vida de alguien. Probablemente mi propia vida. Vivir es una especie de locura que comete la muerte. Porque en ellos vivimos. Vivan los muertos. De repente las cosas no tienen que tener sentido. Me satisfago en ver. ¿Tú eres? Estoy seguro de que sí. El sinsentido de las cosas me provoca una sonrisa de complacencia. Todo, sin duda debe de estar siendo lo que es. Hoy es un día de nada. Hoy es hora cero. ¿Existe por casualidad un número que no sea nada? ¿Qué es menos que cero? ¿Qué comienza en lo que nunca ha comenzado porque siempre era?, y ¿era antes de siempre? Me adhiero a esta usencia vital y rejuvenezco por entero, al mismo tiempo contenido y total. Redondo sin principio ni fin, soy el punto antes del cero y del punto final. Camino sin parar del cero al infinito. Pero al mismo tiempo todo es tan fugaz. Siempre fui e inmediatamente dejaba de ser. El día transcurre a su aire y hay abismos del silencio en mí. La sombra de mi alma es el cuerpo. El cuerpo es la sombra de mi alma. Este libro es la sombra de mí.

Clarice LISPECTOR*Un soplo de vida (1977)*

Metamorfosis

Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto. Estaba tumbado sobre su espalda dura, y en forma de caparazón y, al levantar un poco la cabeza veía un vientre abombado, parduzco, dividido por partes duras en forma de arco, sobre cuya protuberancia apenas podía mantenerse el cobertor, a punto ya de resbalar al suelo. Sus muchas patas, ridículamente pequeñas en comparación con el resto de su tamaño, le vibraban desamparadas ante los ojos.

«¿Qué me ha ocurrido?», pensó.

No era un sueño. Su habitación, una auténtica habitación humana, si bien algo pequeña, permanecía tranquila entre las cuatro paredes harto conocidas. Por encima de la mesa, sobre la que se encontraba extendido un muestrario de paños desempaquetados -Samsa era viajante de comercio-, estaba colgado aquel cuadro que hacía poco había recortado de una revista y había colocado en un bonito marco dorado. Representaba a una dama ataviada con un sombrero y una boa de piel, que estaba allí, sentada muy erguida y levantaba hacia el observador un pesado manguito de piel, en el cual había desaparecido su antebrazo.

La mirada de Gregorio se dirigió después hacia la ventana, y el tiempo lluvioso -se oían caer gotas de lluvia sobre la chapa del alféizar de la ventana- lo ponía muy melancólico.

«¿Qué pasaría -pensó- si durmiese un poco más y olvidase todas las locuras?»

Pero esto era algo absolutamente imposible, porque estaba acostumbrado a dormir del lado derecho, pero en su estado actual no podía ponerse de ese lado. Aunque se lanzase con mucha fuerza hacia el lado derecho, una y otra vez se volvía a balancear sobre la espalda. Lo intentó cien veces, cerraba los ojos para no tener que ver las patas que pataleaban, y sólo cejaba en su empeño cuando comenzaba a notar en el costado un dolor leve y sordo que antes nunca había sentido.

Franz KAFKA
Metamorfosis (1915)

Casa de muñecas

Helmer.—¿Qué injusto y desagradecida eres, Nora! ¿No has sido feliz aquí?

Nora.—No, nunca. Creí serlo; pero no lo he sido jamás. [...] Estaba solo alegre, y eso es todo. Eras tan bueno conmigo... Pero nuestro hogar no ha sido más que un cuarto de recreo. He sido la muñeca en casa de papá. Y a su vez los niños han sido muñecos. Me divertía que jugaras conmigo, como a los niños verme jugar con ellos. Eso es lo que ha sido nuestro matrimonio. [...] Necesito estar completamente sola para saber a qué atenerme respecto a mí y a lo que me rodea. No puedo seguir contigo.

Helmer.—¡Nora, Nora!

Nora.—Quiero marcharme en el acto. Supongo que Cristina me dejará pasar la noche en su casa.

Helmer.—¿Has perdido el juicio? [...] ¡Te lo prohíbo!

Nora.—Después de lo que ha pasado, es inútil que me prohíbas algo. Me llevo todo lo mío. De ti no quiero nada, ni ahora ni nunca.

Helmer.—¿Qué locura es esa?

Nora.—Mañana salgo para mi casa..., es decir, para mi tierra. Allí me será más fácil encontrar un empleo.

Helmer.—¡Qué ciega estás, criatura sin experiencia!

Nora.—Ya procuraré adquirir experiencia, Torvaldo.

Helmer.—¡Abandonar tu hogar, tu marido, tus hijos!... ¿Y no piensas en el qué dirán?

Nora.—No puedo pensar en esos detalles. Solo sé que esto es lo que debo hacer.

Helmer.—¡Oh, es odioso! ¡Traicionar así los deberes más sagrados!

Nora.—¿A qué llamas tú deberes más sagrados?

Helmer.—¿Habrá que decírtelo? ¿No son tus deberes con tu marido y tus hijos?

Nora.—Tengo otros deberes no menos sagrados.

Helmer.—No los tienes. ¿Qué deberes son esos?

Nora.—Mis deberes conmigo misma.

Henrik IBSEN

Casa de muñecas, Cátedra (1879)

Asesinato en el Orient Express

Ratchett habló a su compañero, quien se marchó inmediatamente. Luego se levantó, pero, en lugar de seguir a MacQueen, se sentó inesperadamente en la silla frente a Poirot.

— ¿Podría darme fuego? —preguntó. Su voz era suave, ligeramente nasal—. Mi nombre es Ratchett.

Poirot metió la mano en el bolsillo, sacó una caja de cerillas y se la dio.

— Creo que tengo el placer de hablar con monsieur Hercule Poirot. ¿No es así?

— Ha sido usted correctamente informado, señor.

El detective advirtió la mirada astuta que lo evaluaba.

— En mi país vamos directamente al grano —añadió Ratchett—. Quiero que haga un trabajo para mí.

Las cejas de monsieur Poirot se elevaron ligeramente.

— *Ma clientèle*, señor, es bastante limitada. Me ocupo de muy pocos casos.

— Eso me han dicho, monsieur. Pero en este asunto hay mucho dinero —manifestó, para después repetir con su voz dulce y persuasiva—. Mucho dinero.

— ¿Qué es lo que desea usted que haga, Mr... Mr. Ratchett? —preguntó el belga, después de una pausa.

— Monsieur Poirot, soy un hombre rico, muy rico. Los hombres de mi posición tienen muchos enemigos. Yo tengo uno.

— ¿Sólo uno?

— ¿Qué quiere decir usted? —replicó Mr. Ratchett.

— Monsieur, según mi experiencia, cuando un hombre está en situación de tener enemigos, como usted dice, el problema no se reduce a uno solo.

Ratchett pareció tranquilizarse con la respuesta.

— Comparto su punto de vista —dijo rápidamente—. Enemigo o enemigos, no importa. Lo importante es mi seguridad.

— ¿Su seguridad?

— Mi vida está amenazada, monsieur Poirot. Pero soy un hombre que sabe cuidar de sí mismo. — Sacó del bolsillo de la americana una pequeña pistola automática que mostró un momento—. No soy hombre a quien pueda cogerse desprevenido. Pero nunca está de más redoblar las precauciones. He pensado que usted es el hombre que necesito y recuerde que hay mucho dinero de por medio.

Poirot le miró pensativo unos minutos. Su rostro era completamente inexpresivo. El otro no pudo adivinar qué pensamientos pasaban por su mente.

— Lo siento, señor —dijo al fin—. No puedo complacerle.

Ratchett le miró fijamente.

— Entonces dígame usted su cifra.

— No me comprende usted, señor. He sido muy afortunado en mi profesión. Tengo suficiente dinero para satisfacer todas mis necesidades y mis caprichos. Ahora sólo acepto los casos que me interesan.

— ¿Le tentarían a usted veinte mil dólares?

— No.

— Si lo dice usted para conseguir más, le advierto que pierde el tiempo. Sé el precio de las cosas.

— Yo también Mr. Ratchett.

— ¿Qué encuentra usted de malo en mi proposición?

Poirot se puso en pie.

— Si me perdona usted, le diré que no me gusta su cara Mr. Ratchett.

Y acto seguido abandonó el vagón restaurante.

Final del Capítulo III

Agatha CHRISTIE

Asesinato en el Orient Express (1934)